

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

MANO DE PLATA

**Clark
Carrados**



El hombre se apeó del automóvil y entonces vio a la mujer que estaba apoyada en una farola cercana, cosa que le extrañó sobremanera, porque no era un barrio precisamente donde las busconas anduvieran por las noches a la caza de clientes. Frunció el entrecejo y, durante unos segundos, se quedó indeciso, sin saber qué hacer, aunque evidentemente molesto por la presencia de la que estimaba una mujer de vida airada.

El era un tipo de unos cincuenta años, de buena estatura, grueso y con papada. Exudaba prosperidad por todos los poros de su cuerpo, lo que se podía apreciar por la casa en la que se disponía a entrar y que claramente se advertía pertenecía a alguien con un elevado *status* económico.



Clark Carrados

Mano de plata

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1778

ePub r1.0

Lds 13.03.19

Título original: *Mano de plata*

Clark Carrados, 1984

Cubierta: Lozano

ePub modelo

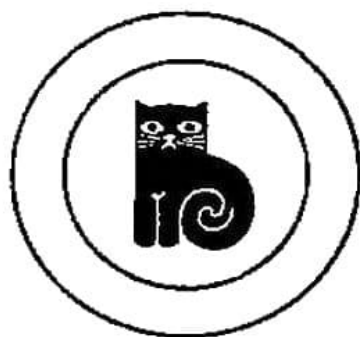
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se apeó del automóvil y entonces vio a la mujer que estaba apoyada en una farola cercana, cosa que le extrañó sobremanera, porque no era un barrio precisamente donde las busconas anduvieran por las noches a la caza de clientes. Frunció el entrecejo y, durante unos segundos, se quedó indeciso, sin saber qué hacer, aunque evidentemente molesto por la presencia de la que estimaba una mujer de vida airada.

El era un tipo de unos cincuenta arios, de buena estatura, grueso y con papada. Exudaba prosperidad por todos los poros de su cuerpo, lo que se podía apreciar por la casa en la que se disponía a entrar y que claramente se advertía pertenecía a alguien con un elevado *status* económico.

Ella vestía de un modo singular, y llevaba una especie de gorrito con pico en la frente, que quería remedar vagamente la moda de los años treinta. La blusa era roja, lo mismo que la falda, abierta hasta el costado. Ambas prendas tenían el color de la sangre.

El gorrito, sin embargo, era negro, con un pequeño broche en el lado izquierdo. La falda llegaba a media pierna, pero se podían ver las medias de malla negra y los zapatos de alto tacón. En la mano derecha tenía un bolso, sujeto por la correa, que había girar con aire displicente, mientras le miraba a través del humo del cigarrillo que sostenía con los labios, densamente cargados de pintura.

El hombre miró a todas partes, en busca de una patrulla policial. Aquella zorra, se dijo, debería marcharse y buscar su clientela en ciertos barrios y no en aquél, habitado por personas decentes. De pronto, la vio despejarse de la farola y caminar con aire indolente en dirección a él.

Tryder Hooken se indignó. ¿Acaso aquella zorra iba a pedirle

que...?

Ella se detuvo a un par de pasos, dejó caer el cigarrillo y le miró insolentemente.

—Hola —saludó con voz pastosa.

Hooken sacó el pecho.

—Será mejor que se largue —contestó, irritado—. Aquí no se admiten a las personas de su clase.

—En cambio, se admiten a personas como usted, Tryder Hooken —sonrió ella—. Si la gente de este barrio supiera quién es usted, en realidad...

El hombre se atiesó.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó.

Ella se le acercó más todavía.

—No me has reconocido, ¿verdad? —Bajando la voz, acercó sus labios al oído de Hooken y pronunció un nombre—. Estoy un poco cambiada, me parece.

Hooken echó la cabeza hacia atrás. Una expresión de pánico acababa de aparecer en sus ojos.

—No, tú no puedes ser... Ella era muy diferente...

—Soy la misma, aunque un tanto cambiada. Pero, a fin de convencerte de que soy ella, te lo demostraré de un modo práctico.

Súbitamente, la mujer alzó una mano y golpeó con todas sus fuerzas. El golpe se realizó en semicírculo horizontal y la mano alcanzó la parte inferior del rostro de Hooken, destrozándole todo un lado de la mandíbula, hundiéndole parte de un pómulos y haciendo saltar un par de dientes a través de la boca abierta en un rugido inhumano.

Hooken se tambaleó por efectos del fortísimo golpe aunque sin llegar a caer, la sangre empezó a manar de su cara, mientras emitía unos sonidos inarticulados, que no parecían proceder de una garganta humana.

Antes de que pudiera recuperarse, ella golpeó de nuevo, ahora de revés, estrellando los nudillos de la mano contra el lado opuesto de la cara, ahora un poco más alto, entre el pómulos y la ceja. El ojo quedó hundido en la cuenca.

Por efectos del segundo golpe, Hooken empezó a girar en redondo. Lo último que vio con su único ojo útil fue una mano que parecía de plata. Pero la visión duró menos de un segundo.

Ahora había quedado a espaldas de la mujer y se tambaleaba como un beodo. Entonces, ella alzó el brazo y descargó el último golpe, de una ferocidad inaudita, empleando para ello todas sus fuerzas.

La mano llegó a la parte alta de la cabeza, pero ya hacia atrás. Los huesos crujieron horriblemente y Hooken se desplomó de bruces sobre la acera, después del último y atronador estallido de luz y sonido en el interior de su cerebro, que le señaló el fin de su vida.

Nadie había presenciado la escena. Sin mirar a su víctima, la mujer echó a andar, alcanzó la próxima esquina y se perdió en las sombras de la noche.

La patrulla policial que hacía la ronda descubrió el cadáver de Hooken diez minutos más tarde. Los policías declararon luego que jamás habían visto nada semejante, nunca habían tenido ocasión de contemplar unas heridas tan horribles. Y ambos supusieron que habrían sido causadas por un hombre dotado de una fuerza realmente excepcional.

* * *

El capitán Markhant, jefe de Homicidios, leyó pensativamente el informe que el forense había redactado sobre la autopsia realizada al cadáver de Tryder Hooken.

Markhant leía el informe en voz alta, aunque no excesivamente. Era síntoma indudable de que se sentía muy preocupado; normalmente leía en silencio, pero cuando su difícil tarea le atosigaba, entonces tenía que leer los documentos oficiales, si no para que le oyeran otras personas, al menos moviendo los labios, a fin de empaparse bien de su contenido.

Mientras leía, Markhant se atusaba su frondoso mostacho rubio, que todavía no mostraba una sola cana. Markhant estaba orgulloso de su bigote, pero lo habría dado de buena gana por encontrar a la persona que había cometido aquel horripilante crimen.

Porque ya era la segunda vez que un hombre moría de la misma manera, en el escaso plazo de dos semanas. En ambos casos, el informe del forense era prácticamente el mismo.

«... golpe con un objeto duro en el lado derecho del rostro, con hundimiento parcial del pómulo y fractura del maxilar inferior, con arrancamiento parcial de huesos... Dos dientes saltados a consecuencia del golpe... Otro golpe en el lado izquierdo, a la altura del pómulo, hundido y astillado, con destrozos del ojo del mismo lado, por la brusca y elevada presión del impacto... habría causado la pérdida de la visión de dicho ojo, caso de haber sobrevivido... Tercer golpe y definitivo, en el occipital, con hundimiento de huesos, resultando afectado el cerebro tanto por la hemorragia como por la introducción de astillas óseas causadas por el golpe...».

Furioso, Markhant lanzó el informe a un lado y volvió a tirarse del bigote, como si quisiera que le creciera aún más todavía.

Durante unos momentos estuvo silencioso, como si no supiera qué hacer. Luego, de pronto, recobró el informe forense, con objeto de estudiar algunos datos que se le antojaban verdaderamente extraños, también en ambos casos de asesinato.

De nuevo volvió a mover los labios en la lectura:

«... las heridas parecen causadas por una mano de metal, como la de una estatua de tamaño natural, que hubiera sido empuñada por el asesino, a guisa de arma mortífera... El examen microscópico de la piel y los cabellos afectados por los golpes ha delatado la existencia de partículas de plata... lo cual no quiere decir que la estatua de la que pudo haber sido arrancada la mano fuese del citado metal, sino que, más bien, fue sometida a un baño...».

El informe volvió a volar de nuevo sobre la mesa.

—Una mano de plata —farfulló Markhant—. Pero ¿a quién diablos se le puede ocurrir una estupidez semejante?

Sin embargo, sabía que no era ninguna estupidez. Las huellas, y él había visto las del primer cadáver, eran indudablemente de una mano. Una mano de hierro, con baño de plata, acaso, pero una mano, al fin y al cabo.

El procedimiento empleado para los asesinos evidenciaba que había existido una relación entre las dos víctimas. Sin embargo, y por lo que él sabía, no se conocían en absoluto. ¿Cuál era la clave del enigma?

A sus casi cincuenta años y más de veinticinco de servicio, Markhant había adquirido una larga experiencia y presintió que el asesino de la mano de plata volvería a atacar. Era preciso evitarlo, decidió.

Había tomado una decisión y se enderezó a su asiento. Alargó la mano y tocó la tecla del interfono.

—¿Señor? —dijo la policía que era su secretaria.

—¿El sargento Long?

—Está de fiesta hoy, señor. Me llamó anoche para decírmelo...

—La fiesta del sargento Long se ha acabado —decretó Markhant bruscamente—. Es decir, se habrá acabado a las siete y treinta en punto. Cítele en mi casa, ¿entendido? —Sí, señor—. La secretaria suspiró, resignada. ¿Dónde diablos estaría ahora el sargento Long, más conocido por Bubb entre sus compañeros?

Mattie Nelson entornó los ojos, arrobada al recordar la apuesta figura del sargento Long. De pronto, creyó saber dónde podía hallarse.

Iría a decírselo en persona y...

Markhant volvió a llamar de nuevo.

—¿Mattie?

—¿Señor?

—Busque a la sargento Hillbrown. Ordénele presentarse en mi domicilio particular a la misma hora que el sargento Long.

—Sí, señor. Lo haré ahora mismo, pero... si me permitiera retirarme... Me encuentro ligeramente indispuesta...

Markhant emitió un bufido. Malditas mujeres; siempre se ponían enfermas en el momento menos oportuno.

—Está bien, pero pásele los datos a su sustituta.

—Oh, sólo le mencionaré a Hillbrown. Del sargento Long me encargará yo personalmente. Sé dónde encontrarlo, señor; a las siete

y media en punto lo tendrá usted en su casa. —Gracias, Mattie. Y procure mejorarse—. Mañana estaré ya bien del todo, señor.

* * *

El sargento Long, pereceaba en la playa solitaria, aprovechando que era su día libre. A cincuenta metros por detrás de él, estaba la casa en que residía habitualmente. Tumbado al sol, con las manos bajo la cabeza, no oyó el ruido del coche que se detenía en la parte trasera del edificio. El rumor de las olas apagó el del motor.

Al cabo de un rato se levantó, tomó un corto baño, completamente desnudo, ya que no había nadie en la playa a aquellas horas. Al salir, sin embargo, se enrolló la toalla de baño alrededor del cuerpo. Luego caminó hacia la casa y, al entrar, se halló con una visita totalmente inesperada.

—¡Mattie! —exclamó—. ¿Qué demonios haces aquí?

La secretaria de Markhant estaba todavía de uniforme, pues no había querido cambiarse para no perder tiempo. Era una joven bastante agradable, aunque ya rondaba los treinta años, de pelo tirante, peinado severamente, y con lentes de grandes aros de metal plateado.

—Tengo algo que decirle, sargento —sonrió.

—¿Un encargo del jefe? Hoy es mi día libre, se lo dije a usted ayer...

—Lo sé, pero ha surgido algo imprevisto... De todos modos son apenas las once de la mañana, hasta las siete y media tiene usted tiempo.

—Tengo tiempo, ¿para qué? —preguntó Long, extrañado.

—Paciencia, sargento, lo sabrá muy pronto. Mientras tanto, con su permiso...

Mattie se quitó los lentes, que dejó a un lado.

—Estorbarán —sonrió.

Luego soltó la cinta que sujetaba su pelo y sacudió la cabeza para que le cayera por los hombros. Inmediatamente, empezó a desnudarse la blusa de uniforme y, apenas había terminado, soltó el broche de la falda, bajó la cremallera y la dejó caer al suelo.

Long parpadeó. Mattie había quedado únicamente con las prendas íntimas. Llevaba un anticuado ligero para sujetar las

medias negras, pero resultaba muy provocativa.

A Long le pareció sumamente atractiva, muy distinta de la impersonal policía que conocía de forma oficial. Sonriendo, ella se le acercó y rodeó la cintura del joven con sus brazos.

—No llevas nada debajo de la toalla, ¿verdad?

—Pues... acabo de salir del agua... No había nadie y me he bañado desnudo...

Ella le mordisqueó suavemente, el labio inferior.

—Luego nos bañaremos los dos desnudos, pero antes... ¿Quieres quitarme lo poco de ropa que me queda encima?

Más tarde, en la penumbra del dormitorio, Long preguntó a Mattie qué era lo que el capitán Markhant quería de él.

—Oh, alguna misión relacionada con el asesino que mata con una mano de plata —contestó ella, displicentemente.

CAPÍTULO II

Jessie Hillbrown, mujer policía recién ascendida a sargento, conducía su coche para acudir a la cita dispuesta por el capitán Markhant, llena de perplejidad. No alcanzaba a comprender las razones que su superior había tenido para no decirle en su despacho lo que iba a comunicarle en su domicilio particular. Pero era una persona disciplinada, y acató la orden sin el menor comentario.

Markhant le había pedido que dejase el uniforme en casa. Jessie vestía ahora un sencillo vestido estampado de vivos colores, con cuello blanco y manga corta, también con bordes blancos. Estaba llegando a las inmediaciones de la residencia del capitán cuando, de pronto, vio un perro que se le atravesaba en la calzada.

Jessie era una chica amante de los animales y, para no atropellar al can, viró bruscamente a su derecha derrapando sobre las ruedas posteriores.

Antes de que pudiera frenar invadió la acera, arrolló una valla blanca de madera e irrumpió con gran violencia en un bien cuidado jardín; destrozó así unos cuantos macizos de flores, para detenerse finalmente a pocos metros de la fachada de la casa.

La maniobra provocó un gran estruendo. Durante unos segundos, Jessie permaneció aturdida, tratando de averiguar qué había salido mal. Se sintió acongojada; sabía que tenía fama de distraída, y que sus despistes eran muy celebrados en todo el departamento de Policía, pero aquello superaba a cuanto se pudiera imaginar.

Al ruido, la puerta de la casa se abrió y dos hombres asomaron al exterior, Markhant vio los destrozos que había causado el automóvil y lanzó un gemido de angustia.

Detrás de él, Long sonrió tenuemente. «Una llegada propia de

Jessie Hillbrown», pensó.

Markhant se rehízo y lanzó un atronador bramido:

—¡Saque ese maldito coche de ahí inmediatamente!

—Sí, sí, señor... —contestó la joven muy aturdida.

—Mis tulípanes... —se lamentó Markhant—. A mi mujer le va a dar un ataque cuando llegue...

Jessie forcejeaba con el cambio de velocidades. Al fin, consiguió poner la marcha atrás. Pisó el acelerador y viró, para enfilar la calle adecuadamente.

Jessie no se percató de que había algo más en el jardín: un magnífico invernadero, acristalado, donde la señora Markhant, gran aficionada a la floricultura, cultivaba especies raras y exóticas. El coche, retrocediendo a buena velocidad, se metió en el invernadero, sin abrir la puerta.

Hubo otro horrible estruendo de cristales rotos, metales abollados o desgarrados y tiestos y macetas convertidos en añicos. El sargento Long se puso una mano en la boca, para evitar una sonora carcajada, mientras, a su lado, Markhant pensaba que iba a estallar como un globo demasiado hinchado, a causa de la repentina subida de la tensión.

Terriblemente aturdida, Jessie trató de salir de allí, lo que consiguió a costa de otros destrozos, que dejaron el magníficamente cuidado jardín del capitán convertido en una ruina, como si hubiese pasado por allí un tanque del Ejército. Al fin, con lágrimas en los ojos, Jessie consiguió estacionar en la acera y se apeó del coche.

Con el bolso en las manos, corrió hacia la casa.

—Capitán, perdóneme... Le pagaré todos los desperfectos... Mañana enviaré a una brigada de operarios...

Long no dejó de fijarse en la última frase, aunque no le concedió demasiada importancia en aquellos momentos. Jessie se sentía muy atribulada, era indudable, y quería congraciarse con el capitán. El sueldo de varios meses se le iría en las reparaciones anunciadas, pensó compasivamente.

—Está bien —resumió Markhant secamente—. Dejemos esto por ahora. Hay otros temas mucho más importantes y quiero discutirlos ahora mismo. Entren.

Markhant dio media vuelta y se encaminó con paso rápido hacia su biblioteca. Long se apartó a un lado, galante, para que pasara la

muchacha, pero sin decirle nada por el momento.

Mattie se secó una lágrima con el dorso de la mano. Irguió el busto y avanzó resuelta, con el aspecto de una condenada a muerte que no quiere flaquear en el último instante.

* * *

Markhant necesitaba un trago y sé lo sirvió. Vació el vaso de un golpe y luego se volvió hacia los visitantes.

—Long, le presento a la sargento Jessie Hillbrown —dijo, con su brusquedad habitual—. Sargento Hillbrown, ¿conocía usted al sargento Long?

—No, señor; nunca había oído hablar de él...

—Pertenece a Servicios Especiales y sólo unas pocas personas conocen su adscripción al departamento de Policía, en el que realiza, como puede imaginarse fácilmente, misiones que no pueden ni deben ser encomendadas a un oficial corriente. Lo mismo investiga casos de defraudación fiscal, que chantajes o extorsiones... y también, por supuesto, casos de homicidio. Por tanto, le voy a encomendar la investigación de dos asesinatos, cometidos de una manera muy poco agradable, pero singularmente original. Me refiero, claro está, al asesino de la mano de plata.

—He leído los informes, señor —declaró Jessie—. Un caso, si se me permite decirlo, harto apasionante.

—Demasiado —gruñó Markhant—. El motivo de citarles a ambos aquí es que no quiero que el sargento Long sea visto en mi departamento. Excepto mi secretaria, los jefes de los otros departamentos y, por descontado, el comisario general, nadie conoce su personalidad ni su pertenencia a la Policía. ¿Lo entiende ahora, Hillbrown?

—Sí, señor —contestó la muchacha.

—Bien, el sargento Long ya está en antecedentes del asunto. —Markhant se volvió hacia el aludido—. ¿Le ha dicho algo mi secretaria?

Long respingó.

—Señor, yo...

—Vamos, vamos —refunfuñó el capitán—. Mattie dijo que se marchaba porque se sentía indispuesta, pero yo sé adónde iba en

realidad. Supongo —añadió—, que, entre retozo y retozo, habrán discutido el caso.

—Debo admitirlo, señor, pero yo creí que Mattie había venido a verme por orden suya —arguyó Long sonriendo.

—¿Me ha tomado por un proxeneta? —Gruñó Markhant—. Está bien, lo que hagan mis subordinados en sus horas de ocio y, desde luego, privadamente, es cosa suya. ¿Qué le ha dicho Mattie sobre el caso?

—Me ha dado muchos detalles, desde luego, aunque me gustaría estudiar los informes oficiales.

—Mañana, Hillbrown le facilitará copias de todos los documentos. Ahora deben saber que la sargento se encargará «oficialmente» de la investigación, pero el peso de la misma recaerá sobre usted. Espero que hayan comprendido lo que quiero decirles.

—Sí, señor —contestaron Long y Jessie al unísono.

—Entonces, no se hable más. Ya está dicho todo y conocen mis deseos. Encuentren a Mano de Plata y retírenlo de la circulación para el resto de sus días.

—Cuenta con ello, capitán —respondió Long—. Será un hombre, sin duda. Los golpes, por lo que yo sé, fueron descargados con una furia inaudita...

—Sí, eso creo yo. Por cierto, las dos víctimas no se conocían entre sí, pero yo pienso que, en algún momento del pasado, tuvieron alguna relación. Investiguen este extremo; puede resultar importante.

—Conforme. ¿Algo más, señor?

—Eso es todo. Hillbrown me tendrá informado en todo momento. Usted, Long, actuará como hasta ahora; no necesito añadir una palabra más. ¿Entendido?

—Sí, señor —fue de nuevo la doble respuesta de ambos jóvenes.

Markhant lanzó un gruñido, mientras acercaba un cigarrillo en la boca. Su esposa regresaría dentro de poco y se pondría hecha una furia al ver los destrozos de su bienamado jardín. Se preguntó cómo podría contentarla, pero, con amargura, pensó que éste era un problema que sólo el tiempo podría resolver.

El encendedor de sobremesa chasqueó inútilmente. Markhant volvió a sus juramentos a media voz.

Jessie se levantó vivamente.

—Permítame, señor —dijo—. Tengo otro idéntico en casa y son de una marca que a veces falla. Sé cómo arreglarlo.

La muchacha se apoderó del encendedor y manipuló en él unos instantes. Luego, obsequiosa, alargó la mano y presionó el mecanismo de encendido.

Una llamarada, larga casi de medio pie como la de un soplete brotó del encendedor y alcanzó el lado derecho del hermoso bigote del capitán, prendiéndole fuego inmediatamente. Markhant lanzó un aullido, escupió el cigarrillo y se golpeó en la boca con ambas manos, a fin de apagar las llamas.

Aturdida, Jessie buscó algo para extinguir lo que tenía todas las características de un incendio forestal. Vio un gran jarrón con flores, quitó éstas y, agarrándolo con ambas manos, se dispuso a arrojar el agua de su contenido sobre la cabeza del capitán. Markhant se puso en pie y salió huyendo.

—¡No, no, por el amor de Dios! ¡Ya es suficiente! ¡Márchese de una vez, catástrofe ambulante! Señor, Señor —exclamó con la vista fija en el techo—, ¿qué pecados he cometido yo para que me castigues de este modo?

Jessie, espantosamente afligida estaba a punto de romper en un mar de lágrimas. De pronto, sintió que alguien le quitaba el jarrón de las manos.

—Venga —invitó Long suavemente.

Jessie depositó el jarrón sobre la mesa y se dejó llevar.

Cuando estuvieron fuera, sacó las llaves y se las entregó al joven.

—Conduzca usted, por favor —hipó—. Yo no estoy en condiciones...

—Claro —accedió él, compasivo—. Jessie... ¿Me permite llamarla así?

La muchacha asintió.

—Bien, vamos a ver si se le pasa todo con una buena cena. Nadie está libre de un tropezón y yo voy a conseguir que, en vez de llorar, sonreía por lo menos —añadió Long, mientras accionaba la llave de contacto.

En el interior de la casa y en el cuarto de baño, el capitán Markhant contemplaba con tristeza su rostro, desprovisto de la mitad de su bienamado apéndice piloso. Al cabo de unos momentos

y tras unos cuantos bufidos, con imprecaciones especialmente dedicadas a la sargento Hillbrown, sacó jabón de afeitar y una brocha. Cinco minutos después, tenía el labio superior completamente limpio.

Por fortuna, las llamas no le habían quemado la piel, aunque le escocía ligeramente, problema que resolvió con un poco de crema facial de la que usaba su esposa. Acababa de terminar, cuando oyó abajo, en el vestíbulo, un agudo chillido.

—¡Jack! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién nos ha destrozado el jardín? ¿Es que nos han invadido los rusos?

Markhant se precipitó escaleras abajo. Era preciso tranquilizar a su esposa.

La señora Markhant volvió a lanzar otro chillido al verle.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? ¡Socorro! ¡Policía! ¡Hay ladrones en casa!

¡Han asesinado a mi marido...!

—¡Martha! —rugió el capitán—. Soy yo, demonios. ¿Es que no me reconoces?

Ella alargó el cuello para escrutar mejor sus facciones.

—Pero... Jack, ¿por qué te has afeitado el bigote? Si estabas tan orgulloso...

Markhant, avergonzado, no quiso contar a su esposa la verdad de lo ocurrido.

—Bueno, me había cansado de él... y acabo de quitármelo —respondió con fingida displicencia, aunque, en el fondo, dándose a todos los diablos por la pérdida de aquel mostacho que le había costado tantos años de cuidados y que ahora había desaparecido en un instante, arrasado por el fuego y la navaja.

La señora Markhant meneó la cabeza.

—Pues... ¿qué quieres que te diga? Yo te encuentro más guapo sin bigote, Jack.

Markhant suspiró. Algo era algo, se dijo. Y ahora llegaba lo inevitable: el relato de los destrozos causados en el jardín por una mujer policía campeona de los despistes.

CAPÍTULO III

Al salir del restaurante, Jessie se sentía notablemente más aliviada. Sonriendo, se volvió para mirar a su acompañante, un hombre alto y apuesto, de revuelto cabello negro, un poco largo, aunque no excesivamente, y vestido con notorio descuido: camisa abierta, cazadora de tela ligera muy arrugada, y pantalones vaqueros.

—Sargento, ahora me encuentro mucho mejor —declaró.

—No sabe cuánto lo celebro, Jessie. Pero vamos a acordar ahora los tratamientos, es decir, no emplear ninguno, ¿entendido?

—El caso es que no conozco tu nombre —dijo ella.

Long se puso serio.

—Tengo tres nombres, a cuál más desagradable: Theophrastus Aristarcus Eligerios. Por eso, mis amigos emplean uno muchísimo más corto: Bubb.

Jessie se echó a reír.

—Budd —corrigió.

—Bubb, Bubb —insistió él—. Con tres bes. Pero vayamos al grano y discutamos el procedimiento de investigación. Corrientemente no llevarás uniforme, aunque sí la placa en el bolso, para identificarte en el momento oportuno. Todos los días acordaremos lugar y hora de entrevistas para el intercambio de informes, con puntos de emergencia por si surge lo imprevisto.

—Me parece muy bien. ¿Qué más, Bubb?

—Yo me encargaré de recorrer lo que podríamos llamar bajos fondos de la ciudad. Conozco a mucha gente y mucha gente me conoce a mí, pero nadie sabe que soy policía. De cuando en cuando, para justificarme, robo alguna cartera. Luego devuelvo la documentación y algunos días más tarde, envío el dinero con un sobre sin dirección del remitente.

—Tienes los dedos finos, ¿eh?

—Me defiando —sonrió Long—. Pero debo justificar de algún modo mis medios de vida.

—Comprendo. Sigue, por favor.

—Ayer oí mencionar a un tipo algo sobre el caso de la mano que mata. Mañana iré a verle y te comunicaré algo. Las dos víctimas dejaron viudas. Interrógalas. Procura sacarles todo lo que puedas acerca de las relaciones que pudieron existir entre ellos.

—Sí. ¿Algo más, Bubb?

—De momento, no se me ocurre nada más... Ah, sí, luego me dejarás tu dirección y tu número de teléfono particular.

—Te daré una tarjeta de visita, Bubb.

—Estupendo, Jessie.

Ella volvió a mirarle.

—Bubb, ¿qué piensas de mí y de mis despistes? —preguntó.

—Bueno, cualquiera puede tener un tropiezo...

—En el departamento soy famosa por mis despistes. Una vez, el jefe me pidió café y se lo llevé. Dijo que quería dos cucharadas de azúcar y se las eché de sales de fruta... Long se echó a reír.

—No debes preocuparte —dijo—. Además, tan joven y ya eres sargento, lo cual demuestra que sirves. De lo contrario, andarías patrullando por las calles... o te habrían expulsado de la Policía. ¿Cómo has podido llegar tan alto?

—Bueno, el caso es que en los estudios, tanto prácticos como teóricos, conseguí siempre los primeros números. Ingresé hace un par de años, y el mes pasado se anunciaron tres vacantes para sargento. Superé las pruebas y aquí me tienes, con galones y... —Jessie parecía sentirse avergonzada—. Y veintitrés años de edad, Bubb.

—¡Bendito sea el Señor! —alabó Long—. La mejor edad del mundo... —Agarró su brazo y la empujó hacia el coche—. Te acompañaré a casa.

—Me gustaría invitarte a una copa. Además, conocerías a mamá. Bubb.

—Bueno, no tengo inconveniente —accedió él.

Esta vez, Jessie se hizo cargo del volante.

—Conduciré yo, puesto que conozco el camino —indicó.

—Claro, mujer.

Long se sentó a su lado. Apenas había cerrado la portezuela, oyeron una voz a sus espaldas:

—Señorita, caballero: tengo una pistola en la mano y estoy dispuesto a utilizarla si no hacen exactamente lo que les diga. Con mucho cuidado, el caballero se volverá un instante para comprobar que lo que he dicho es cierto; luego, pondrá de nuevo la vista al frente y no girará más la cabeza, si no quiere que se la haga saltar en mil pedazos. ¿Ha quedado claro, hermanos?

* * *

Long giró la cabeza rápidamente y vio la pistola, sostenido por una mano enguantada. El individuo vestía ropas oscuras y, por si no fuese ya escasa la luz en el interior del coche, se tapaba la cara con la otra mano, asimismo cubierta por un guante negro, dejando libres solo los ojos.

Llevaba sombrero, muy echado hacia delante, de modo que no se le podían apreciar detalles del pelo y de otras zonas de la cabeza. No había forma de identificarle posterior mente, se dijo, al recobrar de nuevo la primitiva postura.

—Bien, amigo —dijo—, y ahora que sabemos que no nos miente y que en efecto, tiene una pistola, ¿puede decirnos lo que pretende de nosotros?

—La dama conducirá el coche rectamente, hasta la tercera travesía. Doblará a la derecha y se detendrá cuando yo lo ordene —contestó el desconocido—. Una advertencia más: no hagan preguntas; no tendrán respuesta.

Indignada, Jessie fue a decir algo, pero Long apretó su brazo con rápido gesto. —Haz lo que te dicen— aconsejó.

Ella puso en marcha el vehículo. El pistolero advirtió:

—No acelere excesivamente para llamar la atención de alguna patrulla. Conduzca con prudencia... por su propio bien.

Jessie inspiró profundamente, pero supo que debía obedecer las órdenes del asaltante, cuyas intenciones, al igual que Long, le resultaban absolutamente incomprensibles. En completo silencio condujo el coche hasta llegar al lugar indicado, en donde viró a la derecha con absoluta normalidad.

Un poco más adelante, recibió una nueva orden:

—Arrímese a la acera, detrás de aquel camión. Pare a cinco metros de distancia.

La muchacha obedeció puntualmente. Cuando se detenía, la pared posterior del enorme vehículo se bajó, formando una rampa de acceso al interior del mismo.

—Suba y frene en el centro.

El automóvil remontó la pendiente. La rampa se plegó y levantó, para cerrar la gran caja de forma alargada y rectangular. Inmediatamente, notaron que el pesado camión se ponía en movimiento.

En el techo había una lámpara que no daba demasiada luz, suficiente, sin embargo, para que pudieran verse las caras. Jessie se volvió hacia su acompañante y le dirigió una mirada inquisitiva.

Long se encogió de hombros. Luego siseó: «Sé tanto como tú. No tengo la menor idea de adónde nos llevan ni por qué lo hacen».

Jessie asintió. Detrás de ellos, se percibió olor a tabaco.

—Oiga, ¿podemos fumar? —consultó el sargento Long.

—No. Mantengan las manos quietas —respondió el pistolero—. Cualquier gesto sospechoso, puede costarles la vida. Y no vuelva a hablar más.

Era preciso resignarse, se dijo el joven. El camión rodaba a buena velocidad, con destino desconocido, pero a ninguno de los dos se le ocurría una hipótesis sobre lo que, sin duda alguna, era un secuestro.

Long, por otra parte, no iba armado. ¿Llevaría Jessie su revólver de reglamento en el bolso?, se preguntó.

El viaje duró relativamente poco, apenas media hora. Notaron la reducción de la marcha y el cambio de sonido del motor al entrar el camión en lugar cubierto. Luego, el vehículo se detuvo y, casi en el acto, el pistolero se apeó por el lado derecho.

Cubriéndose siempre la cara con la mano izquierda, el hombre retrocedió lentamente hacia la cabecera de la caja.

—Sigan ahí. No se muevan. Pronto recibirán nuevas instrucciones.

Long y Jessie continuaron inmóviles. El pistolero golpeó la pared del fondo, en la que se abrió una puerta instantáneamente.

—Ya los tengo —dijo el hombre a otro que no dejaba ver.

—Bien, vamos a ver al jefe —contestó el segundo individuo.

La puerta posterior se cerró. Entonces Long saltó del coche y corrió hacia la parte delantera.

Aplicó el oído a la puerta, pero no pudo percibir ningún sonido. Luego, dando la vuelta al coche, puesto que en el interior del camión había espacio suficiente, se acercó a Jessie. —¿Has traído tu revólver?— preguntó.

—Sí. ¿Lo quieres?

—Guárdalo tú. Ese tipo no es demasiado listo; de lo contrario, nos habría registrado inmediatamente, pero es más posible que me registren a mí que a ti y si me lo encontrasen encima, podrían surgir complicaciones.

—Bubb, no entiendo. ¿Por qué nos han secuestrado?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —respondió él pensativamente—. Y, además, ¿por qué diablos nos han traído encerrados en un camión de carga?

—Es muy extraño, de veras —convino Jessie—. Oye, ¿no podríamos hacer algo para intentar escapar, antes de que vuelvan?

Ceñudo, Long empezó a tantear las paredes laterales del camión, llegando incluso a la parte trasera. Luego regresó junto a la muchacha.

—Me gustaría ser Superman —sonrió—. De un puñetazo, rompería la pared... Es madera, simplemente, y no metal corrugado, como había supuesto en un principio. Seguramente, por el otro lado, llevará el rótulo de una ficticia compañía de transportes, lo cual convierte al camión en un vehículo inofensivo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿para qué quieren un vehículo con estas condiciones?

—Contrabando, transportes prohibidos, colaboración en evasiones de criminales peligrosos... Pueden ser tantas cosas... Pero ahora lo que importa es salir de aquí como sea y, sobre todo, antes de que vuelvan ellos.

—Si no podemos romper las paredes, no veo cómo podremos conseguirlo, Bubb —murmuró Jessie, desanimada.

—Romper las paredes —repitió él. De pronto, agarró la manija de la portezuela del coche—. Anda, bájate —ordenó.

Ella obedeció, sin comprender las intenciones de Bubb. Éste se sentó tras el volante, indicando:

—Ve a la parte delantera y pégate al rincón todo lo que puedas.

Jessie lo hizo así. Long puso el motor en marcha y movió el automóvil hasta que el parachoques tocó suavemente el mamparo delantero.

Ella le miraba con ojos muy abiertos. Long sonrió.

—Tápate los oídos, hermosa.

Engranó la marcha atrás y, de repente, pisó el acelerador a fondo.

El automóvil retrocedió, como impulsado por una potente catapulta. La zaga chocó contra la pared posterior y la hizo saltar en astillas, con un estruendo aterrador.

Long quiso frenar, pero ya no tenía tiempo. Movido por el impulso inicial, el coche saltó al vacío, en medio de una nube de fragmentos de madera, pero con gran asombro por su parte, el coche cayó en el acto sobre un obstáculo inesperado.

El joven comprendió que alguien había llegado casi al mismo tiempo que ellos en otro automóvil, dejándolo situado junto a la zaga del camión. El de Jessie quedó sobre el segundo coche, en un equilibrio inestable, balanceándose ligeramente a uno y otro lado, durante unos instantes. Luego, con gran lentitud, se inclinó hacia la derecha, hasta quedar tumbado de costado en el suelo, con gran estrépito de vidrios rotos y metales abollados.

Jessie saltó del camión en el acto, gritando frenéticamente:

—¡Bubb, Bubb! ¿Estás bien?

Long salió por la portezuela del lado izquierdo y le dirigió una ancha sonrisa.

—Jessie, lo siento, pero creo que tu coche ha quedado para la chatarra.

—Eso no importa ahora, Bubb. Debemos marcharnos inmediatamente...

El joven paseó la mirada por el interior del enorme cobertizo en que se hallaban. Había una gran puerta de metal, corrediza, sin duda alguna, pero estaba cerrada con un sólido candado, que no podrían forzar sin las herramientas adecuadas.

—Tenemos que marcharnos... —repitió. De pronto, vio algo que le hizo lanzar una estruendosa carcajada—. El dueño se va a tirar de los pelos cuando vea su coche, Jessie.

Míralo bien, por favor.

—¡Atiza! ¡Es un Rolls! —exclamó la muchacha.

—Irá al mismo sitio que el tuyo... sobre todo, después de que hayamos salido de aquí. Anda, ven conmigo.

Jessie corrió detrás de Long, dándose cuenta, con no poco asombro por su parte, de que se dirigía a la parte delantera del camión. Antes de que ella pudiera recobrase de la sorpresa, el sargento lanzó un grito imperativo:

—¡Sube! ¡Y prepara tu revólver; hemos hecho demasiado ruido y quizá muy pronto tengamos visita!

Jessie trepó a la enorme cabina del camión, en cuyos mandos manipulaba ya el joven El poderoso motor emitió de pronto un profundo trueno.

—Abróchate el cinturón —clamó Long.

Puso la marcha atrás y pisó el acelerador. En el mismo instante, Jessie lanzó un chillido.

—¡Bubb! ¡Ahí vienen!

Una puerta se había abierto en la pared opuesta del cobertizo y dos hombres asomaban por ella. Jessie sacó el brazo y disparó un par de tiros, obligándoles a buscar refugio. Uno de ellos, sin embargo, se tambaleó, acusando evidentemente el impacto de una bala en el hombro.

El camión retrocedió con toda su potencia arrastrando al Rolls, que aplastó literalmente contra la puerta de metal. Era muy recia, pero no podía resistir al impulso de varios cientos de caballos disparados a régimen máximo.

La puerta se dobló primero hacia fuera, combándose con espantosos crujidos de metal desgarrado, y luego saltó con estruendo parecido al de un cañonazo. Libre de obstáculos, el camión continuó su veloz marcha, siempre retrocediendo, hasta alcanzar una explanada despejada.

Long notó que presentaba cierta pendiente, y llevó el camión hasta el punto más elevado.

—¡Salta, Jessie! —ordenó.

Ella abandonó la cabina. Desde el suelo, divisó el cobertizo, abierto por completo e intensamente iluminado y a dos o tres hombres agitándose en su interior; daban la sensación de que no comprendían nada de lo que ocurría.

Long puso una marcha adelante, soltó el freno y se lanzó fuera de la cabina. Las luces del camión estaban apagadas.

—Nadie me da un susto como el de esta noche, sin pagármelo — masculló.

Jessie le contempló admirada unos instantes. De pronto, oyó gritos de alarma.

El camión descendía, aumentando la velocidad a cada vuelta de sus ruedas. Los pistoleros chillaron, atacados por un pánico invencible, y corrieron para escapar de aquella masa que se les echaba encima.

Rebotando espantosamente al pasar sobre los restos del Rolls, el camión volvió a entrar en el cobertizo y arremetió con terrible ímpetu contra la pared del fondo.

Se oyó un estrépito horroroso. La pared se derrumbó y con ella el techo del local. Al otro lado había una casa, entrevió Long a través de la nube de polvo provocada por la catástrofe, y supo en el mismo instante que había quedado como para terminar de ser derribada y levantada de nuevo.

—Se lo merecían —comentó ceñudamente.

Jessie le tocó en el brazo.

—Bubb, ¿qué hacemos ahora? No sabemos dónde estamos...

Long señaló una intermitente línea de luces rojas y blancas que se divisaban a unos quinientos metros.

—La autopista está allí —contestó—. No tardará en circular algún coche de patrulla. Lo detendrás y les pedirás que nos lleven a la ciudad, enseñándoles, naturalmente, tu placa.

—Sí, pero... tú... Si revelamos tu identidad...

—Soy un confidente con el cual te has reunido en un lugar secreto. Tu coche sufrió una avería y ya se lo ha llevado una grúa. ¿Has comprendido?

—Desde luego, Bubb.

Long agarró el brazo de la muchacha.

—Anda, vámonos antes de que esos tipos empiecen a buscarnos —apremió.

Caminaron unos cientos de metros a través del campo en silencio protegidos por la vegetación. De pronto, Jessie se detuvo en seco.

—Bubb, ¿quiénes eran esos tipos? ¿Por qué nos secuestraron?

—No tengo la menor idea —respondió él—. Confieso que, en el primero momento pensé que podía sorprenderlos con tu revólver,

pero luego me dije que resultaría demasiado arriesgado; podrían herirnos, y muy probablemente no habiéramos conseguido nada positivo. Destruir un cobertizo y una casa, además de un camión y un Rolls es algo sobre lo que se puede echar tierra tan fácilmente.

—Es verdad —concordó la muchacha—. Y yo me ocuparé de investigar...

—Sin olvidar tu misión principal, desde luego. Ah, una cosa: procura interrogar también a los vecinos de la calle donde se produjeron los dos asesinatos.

—Lo haré, Bubb —prometió Jessie.

Long hizo un gesto de pesar.

—Siento que te hayas quedado sin coche. Pero no veía otra solución...

—Oh, no te preocupes; mañana le pediré a mamá que compre otro —contestó la chica con toda naturalidad.

Long se quedó boquiabierto, pero no pudo decir nada porque ya estaban llegando a la autopista y avistaron las luces de un coche de patrulla, que les devolvió a la ciudad en menos de treinta minutos.

CAPÍTULO IV

—Anteayer, un tipo mencionó algo sobre una mano que mata. No dio más detalles, pero insinuó que tú podías saber algo —dijo Long al día siguiente, acodado en el mostrador de una poco acogedora taberna, junto a un individuo de aspecto melancólico y ojos acuosos, llamado oficialmente Ben Brophy y, en privado, Trompa de Elefante.

Brophy tenía la nariz un tanto larga, pero no era su defecto físico el origen de su apodo, sino la afición que tenía a meterla por todas partes. Oyó las palabras del joven y se sintió receloso en el acto.

—¿Para, qué diablos quieres saber eso? —preguntó.

—Me interesa.

—¿A ti, un carterista?

—Hombre, me lo vas a sacar todo. Tengo un amigo policía y, en ocasiones, hace la vista gorda, a cambio de información.

—Me decepcionas, Bubb —contestó Brophy—. Nunca pude imaginarme que llegaras a convertirte en un soplón.

—¡Vaya, quién habla! —replicó Long, fingiendo indignar se—. Y tú, ¿mantienes siempre la boca cerrada? Dime, Trompa, ¿quién le dio al teniente Easton la información sobre el robo de las joyas de la señora Van Korsten? Tengo entendido que te cayeron dos mil quinientos dólares de recompensa...

—Bueno, bueno, no es cosa de que lo divulgues por ahí —rezongó el sujeto—. Uno tiene que ganarse la vida y, a veces, hace cosas que no le gustan.

—Claro, claro, el dinero no tiene olor —contestó Long sarcásticamente—. Sabes de sobra que siempre devuelvo la cartera con los documentos; de lo contrario, el dueño se ve metido en

muchos líos. El teniente Easton lo sabe y por eso, siempre que la cosa no sea excesiva, mira para otro lado cuando le van con la denuncia del robo.

—Está bien, Bubb. Yo no sé gran cosa. Sólo puedo decirte algo sobre una mano cortada hace algunos años por unos bárbaros. Tengo entendido que era una mujer... pero no puedo pasar de ahí, porque ignoro el resto y, en realidad, nunca me he preocupado del asunto.

—¿Puede indicarme alguien que conozca más datos sobre el particular?

Brophy se pellizcó el labio inferior.

—¿Por qué no hablas con Penny Cayton? —sugirió al cabo.

—¿La dueña del «Sex Stars»?

—La misma. Tengo la sensación de que ella conoce el caso bastante bien. Si Penny no te dice nada, no sé quién podrá hacerlo...

—Una mano cortada... ¿puede tener alguna relación con el asesino que utiliza una mano de metal para matar a sus víctimas?

Brophy se encogió de hombros.

—Habla con Penny —insistió.

—Está bien. Iré a verla hoy mismo.

Long se dispuso a apearse del taburete, pero Brophy le agarró por un brazo y señaló los dos vasos vacíos que había encima del mostrador.

—Paga —dijo, lacónico.

El joven se echó a reír.

—Claro, Trompa.

Salió a la calle, anduvo unos cuantos pasos y, de pronto, vio una pareja que venía en dirección contraria.

Parecían muy acaramelados y daban la sensación de hallarse ausentes de este mundo. Long decidió poner a prueba su habilidad y, segundos después, fingiendo estar embriagado, chocaba contra el hombre.

Tartajeó disculpas, mientras se apoyaba en el sujeto, para no caer al suelo. El hombre le rechazó violentamente, fulminándole con unos cuantos apóstrofes que se referían, principalmente, a los progenitores del estúpido borracho que no sabía caminar por la calle, etcétera, etc... Más tarde, cuando fue a pagar la consumición

que había hecho en compañía de la mujer, se encontró con la desagradable sorpresa de que le habían birlado la billetera, con la documentación personal y trescientos setenta dólares en buenos billetes de banco.

* * *

Penny Cayton entró en la habitación y se dirigió rectamente al biombo que había en el extremo opuesto, para cambiarse de ropa. Aunque era la propietaria del local, solía actuar en ocasiones en algunos números especiales. No sólo le gustaba, sino que, además, sabía que con ello estimulaba al público para que acudiera en ocasiones posteriores.

Apenas se había quitado los ropajes, vio salir humo por encima del sillón de orejeras que había en el otro lado de la estancia. Furiosa, sin cuidarse en absoluto de su total desnudez, salió del biombo y, taconeando vivamente, cruzó la estancia. Con los brazos en jarras, se situó frente al intruso que fumaba tranquilamente.

—¿Quién diablos eres? —preguntó—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

Long sonrió, mientras contemplaba a la mujer que tenía frente a sí. Alta, rubia, de formas exuberantes, Penny parecía una auténtica walkyria, reencarnada en un lugar donde los espectáculos eróticos en vivo estaban a la orden del día.

—Nadie me ha dado permiso, en efecto —contestó Long sin inmutarse—. Pero un amigo común me ha dicho que tú puedes proporcionarme información sobre una mano cortada.

El rostro de Penny, hermoso pero duro, se oscureció.

—Aguarda un momento —pidió—. Voy a ponerme una bata...

—No tengas prisa; yo tampoco la tengo —advirtió él.

Penny se puso la bata. Luego tocó un timbre disimulado junto a la puerta.

Un minuto más tarde, dos corpulentos individuos entraron en la habitación.

—Echadlo a la calle —ordenó Penny—. Y no quiero verlo más por mi local, ¿entendido? Long era fuerte y robusto, pero los otros le ganaban en ambas cualidades y, además, rebasaban al menos veinte kilos su peso. En volandas, se vio transportado hasta la

puerta de artistas; desde allí saltó al callejón posterior, rodando un par de veces por el suelo antes de detenerse por completo.

No se inmutó siquiera. Poniéndose en pie, se pasó una mano por el revuelto cabello y se marchó a su casa. El suelo del callejón estaba manchado de grasa y se había puesto la ropa perdida.

Cuando terminaba la operación, sonó el teléfono.

Era Jessie.

—Tengo noticias, Bubb —anunció la muchacha.

—Yo espero conseguir algo esta misma noche. ¿Por qué no nos vemos para almorzar juntos mañana?

—De acuerdo. En mi casa, si no tienes inconveniente.

—Oh, ninguno, al contrario; me sentiré encantado.

—Ya conoces la dirección. Hasta mañana, Bubb.

—Hasta mañana, Jessie.

Colgó el teléfono, terminó de arreglarse y salió a la calle.

Ahora iba un poco mejor vestido, con chaqueta clara, pantalones a juego y camisa abierta, de tipo deportivo. Se había peinado con cuidado y perfumado discretamente. Ya no parecía un andrajoso vagabundo, como había actuado en el encuentro con Brophy.

* * *

Penny Cayton llegó a la puerta de su apartamento, abrió el bolso y frunció los labios con disgusto al darse cuenta de que le faltaba la llave. Se disponía a dar media vuelta, con la intención de llamar al conserje nocturno y pedirle que subiera con la llave maestra, cuando alguien, inesperadamente, abrió la puerta y se echó a un lado con gran cortesía. —Puede pasar— indicó Long, sonriendo.

Ella entornó los ojos.

—No pareces el mismo —murmuró.

—Fui demasiado precipitadamente a tu local. Tenía que haberme cambiado de ropa, pero pensé que terminarías antes...

Penny miró la llave, todavía puesta en la cerradura.

—La quitaste de mi bolso —adivinó.

—Es lo único que te falta —aseguró el joven.

—No te he visto nunca. ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—El nombre es Bubb Long. El amigo común es Ben Brophy, *Trompa de Elefante*, aunque puedes llamarlo Trompa a secas. Y soy

un soplón de la Policía.

—¡Diablos! —Respingó Penny—. Lo admites así, tan claramente...

Long hizo un gesto significativo con los dedos de la mano derecha.

—«Afanó» carteras. Muchas veces, cierran los ojos a cambio de información —contestó.

—Creo que entiendo. Te interesa el caso de la Mano de Plata.

—A mí, no; al jefe de Homicidios.

Ella dudó todavía un momento, pero acabó por decidirse y cruzó el umbral.

—Entra —invitó.

Long cerró la puerta.

—Voy a cambiarme —anunció Penny—. Prepara algo de beber. Hay botellas en el bar —dijo, mientras se alejaba, sacudiendo los pies sucesivamente para descalzarse los zapatos.

Penny regresó poco más tarde, con la cara limpia de maquillaje y el pelo suelto, envuelta en un salto de cama de abundantes encajes. Aceptó la copa que le tendía el joven, con la sonrisa en los labios y luego se sentó en un enorme diván, cruzando las piernas en actitud un tanto displicente.

—Eres tenaz. Sabes resistir hasta conseguir lo que deseas —dijo.

—Es una de mis virtudes —contestó él.

—¿Cuáles son tus vicios?

—Impronunciables, Penny.

Ella le contempló críticamente de pies a cabeza.

—¿Eres... de la otra acera?

—Oh, no, en absoluto. Pero no he venido aquí a hablar de mis... vicios.

—¿Qué quieres saber, Bubb?

—¿Qué sabes tú de la mano cortada?

Penny guardó silencio unos momentos.

—Es un asunto muy desagradable —dijo al cabo—. Más aún, verdaderamente horrible.

—¿Por qué?

—Le cortaron la mano, por venganza. Creo que hubo una denuncia a la Policía y le echaron la culpa. Por eso le cortaron la mano con la que había escrito la carta en la que daba todos los

detalles del caso.

—Una venganza salvaje, propia de un país bárbaro —calificó Long.

—Indudablemente. Pobre chica...

—Ah, era una mujer.

—Claro. ¿No te lo había dicho?

—Dispensa, no me había dado cuenta. ¿La conocías?

Penny volvió a vacilar.

—Sí —admitió, pasados unos momentos.

—¿La viste después del crimen?

—Estaba en el hospital. El médico dijo que había sufrido un accidente que había obligado a la amputación.

—Es decir, disimularon el hecho bajo el pretexto de un accidente.

—Hombre, no iban a cortarle la mano de un hachazo. Había que hacer las cosas bien. Ella no pudo denunciarles después, como hubiera sido lógico. Y así se quedó sin la mano y, entre otras cosas, perdió su carrera de pianista.

—¿Tocaba el piano?

—Iba para concertista y ya tenía cierta fama. Lo que no sé es cómo pudo mezclarse con aquel grupo de forajidos. Es algo que no me he explicado jamás.

—¿Conoces a alguno de esos individuos?

—No. Ella sí los conoce, pero no sé ahora dónde se encuentra.

Long terminó su vaso y fue a sentarse junto a la mujer.

—Tienes que contarme muchas más cosas, Penny —solicitó.

Ella le dirigió una larga mirada.

—Me has quitado la llave, sin que yo me diera cuenta. ¿Vas a quitarme algo más?

El joven se echó a reír.

—La ropa que llevas puesta... con tu permiso, desde luego —respondió.

CAPÍTULO V

Jessie le había llamado por la mañana, a una hora relativamente temprana, para decirle que deberían posponer el encuentro hasta la hora de la cena, a lo que él accedió sin objeciones. Pero una especie de mal entendido orgullo le impulsó a vestirse de etiqueta, como si quisiera presumir delante de la muchacha. Así vería ella que, cuando era preciso, también sabía vestir con elegancia.

A las siete en punto se detuvo ante una impresionante mansión, situada en lo alto de una pequeña loma, cubierta enteramente de verdor y con numerosos árboles, algunos de los cuales, era fácil verlo, rebasaban los cien años de antigüedad. La finca estaba rodeada por una alta verja de hierro, rematada en agudas puntas. La puerta de acceso hacía juego y permitía ver el serpenteante sendero arenoso que conducía al gran pórtico del edificio, iluminado discreta pero agradablemente por luces ocultas entre los macizos de flores.

Long se quedó atónito.

—No puede ser —murmuró.

Sacó la tarjeta de visita que Jessie le había entregado y comprobó la dirección. No había error posible: South Elms Road, 4074. Y el número, en elegantes caracteres dorados, campeaba en lo alto de la verja de acceso.

—Me parece que empiezo a comprender —dijo a media voz—. Ella habló de enviar una brigada de obreros a reparar el jardín del capitán Markhant... También dijo:

«Mamá me comprará otro coche...».

Resuelto, se disponía a apearse para pulsar al timbre cuando la verja se abrió por sí sola y el paso quedó libre.

Long avanzó lentamente hasta detenerse ante el gran pórtico de

blancas columnas. Un hombre de mediana edad, vestido con arreglo a su cargo, salió presurosamente a recibirle.

—Señor Long, supongo.

—Sí, en efecto... —contestó el joven, que no acababa de salir de su asombro—. Soy Barston, mayordomo. Tenga la bondad de seguirme, señor; las señoras tendrán mucho gusto en recibirle dentro de unos momentos.

Long creía soñar. ¿Era posible que una chica como Jessie, sargento de Policía desde hacía apenas un par de semanas y miembro del cuerpo desde sólo dos años antes, residiese en aquella mansión que más parecía un palacio?

Barston le condujo a una enorme biblioteca.

—El señor deseará tomar una copa, sin duda —sugirió—. ¿Sus preferencias?

Long agitó una mano.

—Cualquier cosa, por favor —contestó, tragando saliva.

—Le serviré un jerez; es lo apropiado, señor.

—Sí, como usted quiera.

Long tomó unos sorbos. Barston se había retirado, y él se dedicó a contemplar los cuadros que había pendientes de las paredes. La firma de uno de ellos le dejó sin respiración, porque presentía que era auténtico. «No pueden tener aquí nada falso, ni siquiera una copia», pensó.

De pronto, oyó una voz femenina:

—Señor Long...

El joven se volvió. Una dama de unos cuarenta y cinco años, elegantemente ataviada con traje largo, se le acercaba con la sonrisa en los labios, tendiéndole la mano.

—No sabe cuánto celebro conocerle, señor Long —declaró—. Soy Mabel, la madre de Jessie. Ella está terminando de arreglarse. Bajará en seguida. Oh, iba a invitarle a tomar algo, pero ya veo que Barston lo ha hecho...

Aturdido, pero esforzándose por conservar la serenidad, Long se inclinó para besar la mano de la madre de Jessie.

—Señora, en ocasiones detesto la sinceridad —manifestó—. Usted debería haberme dicho que es la hermana de Jessie y yo me lo habría creído sin dudarle en absoluto.

Mabel se echó a reír.

—Gracias, Bubb... si me permite llamarle así. Es el elogio más bonito que me han hecho en mucho tiempo, pero, por desgracias, doblo la edad a Jessie.

—No se lo diga a nadie, señora —rió Long.

—Parece que reina el buen humor en esta casa —sonó en aquel momento la voz de la muchacha—. Oh, Bubb, qué sorpresa tan agradable.

—Me invitaste a cenar —recordó él.

—Sí, pero no esperaba verte...

—Ah, el traje de etiqueta.

—Hija, el señor Long está al corriente de las normas de vestuario para ciertas ocasiones —intervino Mabel.

—Sí, ya lo veo. Iba a decírtelo, Bubb, pero me pareció que... podrías tomártelo a mal... Long contempló a la muchacha, que vestía un traje de seda verde pálido, con un gran escote hasta la cintura. «Es lo menos parecido a un sargento de policía que uno podría imaginarse», pensó.

—Oh, no tiene importancia. No te preocupes, Jessie.

El imponente mayordomo apareció en aquel instante.

—Señora, la cena está servida —anunció.

Mabel se colgó del brazo de Long.

—Bubb, creo que usted y Jessie tienen mucho de qué hablar, pero deberán esperar a hacerlo después de la cena —dijo.

—Sí, será lo mejor, señora —convino el joven.

* * *

Barston sirvió café y licores en la biblioteca y luego se retiró, dejándolos solos. Mabel se había quedado en el salón, con un libro. Jessie abrió una caja de cigarros y ofreció uno a su huésped.

—¿Te gustan?

—De cuando en cuando, uno siempre agrada —sonrió él—. Jessie, ¿por qué demonios, y perdona la expresión, no me dijiste quién eras en realidad?

—¿Tenía que decirte que soy hija de un hombre de negocios, muy rico, y que es lo que algunos consideran un potentado en la ciudad? ¿No te lo dijo el capitán Markhant?

—No mencionó de ti otra cosa que tu graduación y a mí no se

me ocurrió jamás relacionar tu apellido con el de... Bien, pensé que podría tratarse de una casualidad, pero que no tenías ninguna relación con Kasper W. Hillbrown.

—Pues ya ves, soy la hija —sonrió ella deliciosamente—. Campeona de los despistes, pero, salvo estos patinazos, no lo hago mal del todo.

Long comprobó que el cigarro tiraba satisfactoriamente y luego la miró con ojos penetrantes.

—Jessie, ¿cómo se te ocurrió entrar en la Policía?

—No sé... A veces pienso que fue un impulso... Ya había aprobado tres cursos de Derecho, pero me di cuenta de que esa carrera no me agradaba definitivamente. Tampoco me gustaba estar mano sobre mano, ni mucho menos ayudar a mi padre en sus negocios. Por entonces se convocaron plazas para agente de Policía, ingresé en la Academia... y aquí me tienes.

—En dos años, sargento —ponderó él, admirado—. Llegarás muy lejos, Jessie, te lo aseguro. Bueno, ¿vamos ahora a lo que nos interesa?

—Sí —contestó ella—. Recordarás que habíamos quedado en almorzar juntos, pero se me ocurrió algo y lo puse en práctica inmediatamente. O sea, pedí un helicóptero y estuve sobrevolando el lugar donde nos tuvieron secuestrados hace dos días. Pero eso no es todo, Bubb.

Jessie se acercó a la mesa de despacho, levantó una carpeta y extrajo una serie de fotografías de grandes dimensiones, que extendió para que Long pudiera contemplarlas a su sabor.

—Ahí tienes el resultado de un secuestro fallido —indicó la muchacha de buen humor—. Un cobertizo, usado para almacén, convertido en ruinas. Los vehículos han sido retirados ya, pero, como puedes apreciar, la casa contigua está apuntalada en algunas lugares, para evitar que se derrumbe por completo.

Long señaló una de las fotografías, en la que se veía la única pared que quedaba en pie del cobertizo.

—Aquí hay un rótulo...

—Sí, es la Salton Interseas Truck, una empresa que se dedica a transportes de todas clases. Otis Salton es el dueño, y tiene sus oficinas en el edificio que casi derrumbaste con el camión. He indagado acerca de él y los informes que he obtenido no son

precisamente halagüeños.

—Me lo imagino, después de lo que nos hicieron, pero ¿por qué nos secuestraron?

¿Qué teníamos que ver tú y yo con los supuestos negocios sucios del señor Salton?

—Eso es lo que pienso empezar a averiguar mañana, Bubb.

—Un momento, Jessie. Recuerda que nos asignaron una misión...

—Lo sé, pero espera un momento, por favor —rogó ella—. Tú me dijiste que hablase con las viudas de los asesinados por Mano de Plata. Bien, cuando fui a visitar a la señora Payle, esposa del primer muerto, me recibió una sirvienta. Tuve que aguardar unos momentos, porque ella estaba hablando por teléfono. Y no parecía muy contenta, a juzgar por la frase final que pronunció antes de colgar el aparato.

—¿Cuál fue la frase, Jessie?

—«No sé de qué me está usted hablando y déjeme en paz de una vez, señor Salton». Bubb, hay más Saltons en la ciudad, pero yo creo que ella se refería al tipo de la Interseas Truck —exclamó la muchacha vivamente.

—Es muy posible. Investiga en esa dirección —aconsejó él—. ¿Y qué dijo la viuda de Hooken?

—No tiene la menor idea de los motivos por los cuales fue asesinado su marido. Y me parece que era sincera, Bubb.

—Muy bien. ¿Has hablado con vecinos de las calles donde se cometieron los dos crímenes?

—Encontré una vecina curiosa. Manifestó que se sentía insomne y tomaba el fresco junto a la ventana de su casa. Oyó un grito lejos, justamente donde más tarde se descubrió el cadáver de Payle; luego vio a una mujer, aunque no pudo distinguir sus facciones. Vestía enteramente de rojo, eso sí es seguro, y cree que era rubia. Pero le extrañó un detalle: se sostenía el brazo izquierdo con la mano derecha.

—Como si hubiera sufrido un accidente.

—Exacto.

—Jessie, en alguna parte existe una mujer que sí sufrió un accidente hace años: como castigo a una supuesta delación, un grupo de delincuentes organizó todo para que le cortaran la mano

izquierda en un hospital.

Jessie se llevó la mano a la boca.

—Increíble —calificó.

—Muchacha —advirtió él gravemente—, si sigues en la Policía, verás cosas que te parecerán increíbles casi a diario. Y ahora, escucha, porque te voy a contar todo lo que he averiguado al respecto.

Cuando terminó, tuve que servir un poco de coñac a la joven. Jessie había tenido que sentarse en un sillón, horrorizada por el relato que acababa de escuchar.

Sin embargo, se esforzó por reaccionar y alzó la mirada hacia su invitado.

—Bubb, ¿por qué precisamente la mano izquierda? —inquirió.

—Eso es lo que no entiendo. Pero las huellas encontradas en los cadáveres corresponden, precisamente, a las causadas por una mano izquierda, metálica, por supuesto.

—Mañana mismo empezaré a investigar por los hospitales, para averiguar cuándo se amputó la mano izquierda a una mujer... ¿joven y atractiva?

—Ambas cosas, aunque a estas alturas debe de tener unos treinta años. Y se llama Evelyn Herlihy, aunque quizá la llevaron al hospital con un nombre distinto.

—Tu... informador, ¿no supo decirte qué aspecto tenía?

—No era muy hermosa, pero sí interesante y tenía una figura agradable. Tocaba el piano e iba para concertista.

—Horrible —se estremeció Jessie—. Eso cortó su carrera para siembre, ¿no te parece?

—Definitivamente —concordó él—. Bien, por el momento, es todo lo que sabemos.

¿Nos veremos mañana, Jessie?

—Claro. —La chica sonrió—. Bien, ¿ya te has recuperado de la sorpresa?

Long meneó la cabeza.

—Me lo tengo bien merecido —dijo—. Me vestí elegante, para deslumbrarte y... Te ruego me perdones, Jessie.

—Oh, no tiene importancia, Bubb. Espero que el conocimiento de mi verdadera posición no te impida volver a casa en otras ocasiones.

—Por supuesto. Y ahora, creo que sería conveniente des pedirme de... tu hermana mayor.

Jessie se echó a reír.

—Ven, te acompañaré, Bubb.

Un cuarto de hora más tarde, Long salía de la casa, sin dar crédito todavía a lo que había visto. Jessie, pensó, era una chica caprichosa y un día se cansaría de la Policía...

—Y volvería a su mundo, que es donde debe estar —murmuró.

Tranquilamente, emprendió el regreso a su apartamento. Cuando se hallaba a un par de manzanas de distancia, parado ante un semáforo en rojo, vio a una mujer que se hallaba en una crítica situación.

Había un hombre que la sujetaba por el brazo derecho con su mano izquierda, en tanto que, con la otra, empuñaba una navaja que había colocado entre sus senos. Long adivinó instantáneamente que se trataba de un atraco y, sin pensárselo dos veces, saltó del coche.

CAPÍTULO VI

Dada la hora, la circulación era poco menos que nula y la acción del joven, totalmente imprevista para el atracador, fue decisiva. Long cayó sobre el sujeto, desvió de un manotazo la navaja y luego disparó su puño derecho.

El granuja, no obstante, consiguió desviar un tanto su mandíbula, ladeándose hacia su izquierda. El golpe, por tanto, le alcanzó en el hombro derecho, tirándole contra la pared más próxima, aunque sin hacerle caer al suelo. Pero fue suficiente para ver que tenía la partida perdida y escapó a todo correr, perdiéndose de vista al doblar la esquina más cercana.

Long se acercó a la mujer que, descubrió bien pronto, era joven y muy hermosa.

—¿Ha sufrido algún daño, señora?

Ella trató de sonreír.

—Su llegada ha sido muy oportuna —contestó—. Afortunadamente, ese desvalijador no tuvo tiempo de conseguir sus propósitos. Se lo agradezco con toda sinceridad, créame.

—Ha sido un placer, desde luego, y celebro que esté bien. Pero no es prudente que una mujer sola camine por la calle a ciertas horas de la noche.

—No me volverá a suceder —respondió ella—. Estaba un poco desvelada y decidí que un paseo me sentaría bien...

—Hágalo cuando tenga compañía —sonrió Long—. Si me permite, la acompañaré a su casa con mucho gusto.

—No quisiera causarle más molestias, señor...

—Long, Bubb Long.

—Mi nombre es Janet Simms. Vivo muy cerca...

—Suba a mi coche, se lo ruego, señorita Simms. Si es soltera,

claro.

—Lo soy —respondió Janet.

El pelo era negro, largo, lustroso, y el rostro de la joven poseía una belleza como pocas veces había visto. Long se preguntó a qué podría dedicarse; no parecía una empleada vulgar, ni tampoco una trotacalles. Pero, quizá, era una prostituta de altos vuelos, aunque inmediatamente se reprochó a sí mismo unos pensamientos tan poco caritativos.

Janet se sentó a su lado y él hizo arrancar el coche. Quinientos metros más adelante, ella movió el brazo izquierdo.

—Ahí es —indicó.

Long estuvo a punto de irse contra la casa más cercana y sólo a duras penas consiguió dominar el coche. Janet se alarmó.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

El investigador detuvo el coche y encendió la luz interior. Luego contempló fijamente la mano izquierda de su bella pasajera, cubierta por un guante de fina seda gris. La mano derecha, en cambio, estaba al descubierto y tenía unos dedos largos, finos, rematados en unas uñas pintadas discretamente.

—Perdone, Janet, pero... esa mano...

Ella sonrió tristemente, a la vez que la alzaba un poco.

—Un miembro artificial, de goma. Perdí la auténtica hace algunos años —contestó—. Un accidente desgraciado obligó a la amputación; eso es todo.

A Long le daba vueltas la cabeza. ¿Había encontrado casualmente a la joven víctima de unos desalmados?

Volvió a mirarla. Ella decía llamarse Janet Simms, aun que el nombre se podía cambiar con toda facilidad. Los informes que tenía, sin embargo, hablaban de una joven rubia, agradable, pero en modo alguno de una auténtica belleza como la que tenía al lado.

—¿Le sucede algo, Bubb? —preguntó ella tras una larga pausa.

—No. Me extrañó... y lamento de veras su desgracia. Si pudiera hacer algo en su favor...

—Gracias, pero ya ha hecho bastante. Le quedo muy agradecida, Bubb.

Ella se apeó y Long se inclinó hacia su derecha.

—¿Podré volverla a ver en otra ocasión, Janet?

Janet se volvió y le dirigió una hechicera sonrisa.

—Si no le importa visitar a una impedida...

—Volveremos a vernos —prometió él.

Arrancó, dio la vuelta y emprendió la ruta hacia su casa. Janet agitó la mano al pasar por delante de ella.

Long detuvo el coche frente al edificio en que vivía. Al apearse, una sombra surgió repentinamente ante él.

—Hola —dijo el sujeto torvamente—. Vamos a ver si ahora te sientes capaz de pegarme. Esta vez no me pillas desprevenido, amiguito. Me has birlado antes un buen negocio, pero ahora vas a pagar lo que me hiciste perder, así que saca de los bolsillos todo lo que lleves encima o te rajo las tripas.

Long respingó. Era el mismo ladrón que había atacado a Janet y, según podía ver, no había perdido la navaja, que brillaba siniestramente en su mano derecha.

El hampón estaba a dos pasos de distancia, por lo que no podía arrojarle sobre él para desarmarlo, ni siquiera golpeándole la mano armada con el pie. Como si adivinara sus pensamientos, el tipo sonrió.

—Echa al suelo todo lo que lleves encima: el reloj, la billetera y...

Algo cortó su voz bruscamente: el estallido de un disparo.

Fue una detonación seca, como un latigazo. La cabeza del ladrón se agitó, sacudida con terrible violencia por el impacto del proyectil que le había alcanzado en el lado derecho, a la altura de la sien. Fulminado por el disparo, el sujeto se derrumbó al suelo en el acto.

Long, atónito, se volvió hacia el lugar de donde había partido el disparo. Lo único que pudo ver fue la silueta de un hombre que corría velozmente y que desapareció de su vista al doblar la próxima esquina.

Reaccionando, corrió para alcanzarlo, pero, al llegar a la calle cercana, ya no vio nada.

El misterioso tirador se había esfumado como si jamás hubiera existido. Long pensó por un momento que había soñado, pero, al volver sobre sus pasos, el cadáver del ladrón le convenció de que todo había sucedido realmente.

Long apenas si pudo pegar ojo en el resto de la noche. Aparte de tener que declarar lo sucedido, estaba el hecho del encuentro con Janet, lo que comunicó a Jessie a la hora del almuerzo, aunque por teléfono.

—Puede ser una casualidad —aventuró la muchacha, una vez enterada del incidente—. En cuanto al ladrón muerto, se supone fue a causa de un ajuste de cuentas con algún compinche y por el reparto de un botín conseguido anteriormente.

—Pero es mucha casualidad encontrarse con una joven a la que le amputaron también la mano izquierda, Jessie —alegó él.

—¿Cómo es, Bubb?

—Alta, delgada, distinguida, pelo negro, muy abundante...

—Ésa no parece en modo alguno la descripción que te hicieron de Evelyn Herlihy —manifestó la muchacha.

—Es cierto, pero... ¿y si hubiera cambiado de aspecto, además del nombre?

—Pudiera ser, pero, sin embargo, debes tener en cuenta una cosa: según los forenses, el asesino es hombre de mucha fuerza.

—Jessie, una mujer golpea también con fuerza, en ciertas ocasiones... Y si tenemos en cuenta que usó una mano de metal...

—Se me ocurre una idea. Bubb —insinuó Jessie.

—Suéltala, tesoro.

Ella se echó a reír.

—Gracias por el elogio, Bubb. Según tengo entendido, Janet no se opuso a que volvieras a visitarla.

—Bien, eso se dice a veces por cortesía, aunque no siempre con total sinceridad.

—Bueno, prueba a ver si te recibe... y lleva una microcámara oculta, cargada con película ultrasensible. Le tomas un par de fotografías y luego se las muestras a tu informador. Así sabrás si es Evelyn o Janet.

—Es una idea magnífica —aprobó Long—. Te avisaré en cuanto tenga resultados. ¿Qué me cuentas de nuevo tú?

—Nada, por ahora... salvo que estoy tras la pista de uno de quienes, supongo, intervinieron en nuestro secuestro. Precisamente, el herido.

—Si no tienes otra cosa más urgente que hacer...

—He conseguido una entrevista con Otis Salton, pero no me

recibirá hasta las cinco de la tarde, en su oficina del centro comercial. Hablaremos a las siete, si te apetece.

—De acuerdo, Jessie.

—Un consejo: compra un ramo de rosas para Janet. Las flores siempre ablandan el corazón de las mujeres, Bubb.

—¿Es un reproche?

—¿Por qué lo dices? —se extrañó ella.

—Me invitaste a cenar y no se me ocurrió llevarte flores...

—No seas tonto y no te preocupes. Hasta luego, Bubb.

Long colgó el teléfono, salió a la calle y se dispuso en primer lugar a buscar la cámara en miniatura que le permitiera tomar fotografías de Janet, sin que ella lo advirtiese. Cuando hubo conseguido sus propósitos, compró en una floristería un enorme ramo de rosas rojas y se encaminó resueltamente a la casa de la muchacha que había perdido la mano izquierda.

* * *

Janet parpadeó al ver a su inesperado visitante parapetado tras un monumental ramo de flores. Long alargó el cuello y sonrió por encima de las rosas.

—Hola —saludó alegremente—. ¿Molesto?

Ella sonrió también.

—Todo lo contrario, Bubb —contestó—. ¿Son para mí? —Se refirió a las rosas.

—¿Hay otra mujer en la casa?

—La asistenta, pero se marcha ya —rió ella, al comprender el sentido de la pregunta del joven—. Pero entre, por favor, no se quede en la puerta.

—Gracias, Janet. ¿Se ha recobrado ya del susto de anoche?

—Lo he olvidado por completo. ¿Me permite?

Long tenía aún las flores en las manos y vaciló ligeramente. Janet pareció comprender sus dudas.

—Mire, por favor.

Levantó la mano izquierda, ahora sin guante, y Long pudo apreciar que se trataba de una réplica de aparentemente autenticidad, con su color natural y las uñas pintadas del mismo color que la mano derecha. El vestido que llevaba puesto, sin

embargo, era de manga larga y ésta terminaba en la muñeca.

—Parece real —comentó Long.

—El ortopédico hizo un buen trabajo —sonrió ella—. Déme las flores, se lo ruego.

Janet sujetó con la mano derecha el ramo que oprimía con la mano artificial.

—Como puede ver, no es nada difícil —advirtió.

—Lo celebro —contestó él—. Pero me asalta una duda, Janet.

—¿Sí, Bubb?

—¿Quién le pinta las uñas de la mano derecha, si no puede hacerlo con la mano izquierda?

—Espere un momento.

Janet puso las flores en un jarrón y luego buscó algo en una consola. Era un pincel, que ella situó entre el índice y el pulgar artificiales, uniéndolos luego con los dedos de la mano derecha. Levantó la izquierda y Long pudo ver que el pincel se sostenía perfectamente.

—La articulación interior es flexible y rígida a un tiempo —explicó—. Puedo colocar la mano en todas las posiciones posibles de una mano natural, lo cual me resulta útil en muchas ocasiones. Sin embargo, no puedo, por ejemplo, levantar una maleta o un peso excesivo.

—Tampoco puede tocar el piano, supongo.

—Ni se me ocurriría siquiera.

Era una respuesta muy ambigua. Long decidió que no debía insistir más sobre el particular.

—Perdone, Bubb, pero no le he ofrecido nada. ¿Qué le apetece? —invitó Janet.

—Café, gracias.

—Muy bien, lo traeré en seguida.

—Un momento, por favor —dijo él—. ¿Le molesta que fume?

—Oh, no, en absoluto —accedió Janet, sonriendo deliciosamente.

—Muchas gracias.

Long se puso un cigarro entre los dientes. No era habitual en él, pero tenía un objeto: poder utilizar con cierta frecuencia un encendedor, que disponía también de una cámara fotográfica en miniatura, con la que impresionó varias placas mientras la joven iba

y venía, simulando, al mismo tiempo, tener dificultades para que el tabaco prendiese satisfactoriamente.

Durante un buen rato charlaron de temas intrascendentes. Luego, el joven, juzgando que ya había cumplido con creces su misión, se dispuso a abandonar el apartamento.

—Me gustaría volverla a ver de nuevo —manifestó.

—Siempre que guste, Bubb —respondió ella.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Janet hizo un gesto de extrañeza.

—No se preocupe —dijo él—. Ya me marchó...

—Es que no espero ninguna visita —declaró ella.

Con paso dubitativo, se acercó a la puerta y atisbó a través de la mirilla. Long la observaba atentamente y vio que su cuerpo se estremecía con brusquedad, a la vez que lanzaba una exclamación de sorpresa.

Sin embargo, abrió. Un hombre que rondaba ya los cuarenta años, fuerte, de porte notablemente distinguido, apareció en el umbral, con la sonrisa en los labios.

—Seguro que no me esperabas, ¿verdad? —saludó.

Long apreció que la joven parecía incapaz de reaccionar.

—No... a decir verdad, no te esperaba...

—Bueno, veo que tienes visita —dijo el recién llegado—. Clint Maddox volverá en otro momento, no te preocupes.

—Dispense, amigo, pero ya me marchaba —terció Long—. Janet, gracias por todo.

—No hay de qué... Oh, perdone, no les he presentado... Ya conoce el nombre de un antiguo amigo mío... Bubb Long, también amigo, aunque más reciente.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Long se volvió, dirigió una sonrisa a Janet y cruzó la puerta.

Cuando se cerraba, oyó la voz de Maddox:

—Encanto, te traigo algo que puede interesarte muchísimo. Un estupendo contrato par...

Long ya no pudo seguir escuchando más, porque la puerta se cerró por completo a sus espaldas. Se preguntó qué clase de contrato era el que Maddox tenía para una mujer tan encantadora, pero eso era algo, se dijo, que no le debía importar en absoluto.

En el fondo, se sentía satisfecho. Había conseguido foto grafías

de Janet y sabía quién podía identificarla... si era realmente la joven a la que unos desalmados habían hecho cortar la mano izquierda.

—Y si no lo es, ¿dónde diablos se esconde Mano de Plata?

CAPÍTULO VII

Sentado ante la misma mesa, frente a frente, Long llenó la copa de Jessie y la miró con la sonrisa en los labios.

—¿Qué cuenta el señor Salton? —preguntó.

—No sabe nada —respondió la sargento—. Es un sujeto muy escurridizo y, aunque ha admitido que el almacén y la casa le pertenecen, se obstina en declarar que todo fue consecuencia de un accidente, provocado por unos supuestos enemigos suyos. Ha mencionado una desleal competencia comercial, pero de ahí no he podido sacarle.

—Un tipo astuto, evidentemente. ¿Has averiguado algo del herido?

—Sí, sé quién es y dónde encontrarlo. Parece que sólo fue un sedal en el brazo izquierdo, nada grave. Lo lleva en cabestrillo, simplemente.

Una camarera sirvió el primer plato. Al retirarse, Long propuso:

—Iremos a verle en cuanto hayamos terminado de cenar. Si te apetece bien, claro.

—No hay objeción, Bubb. Y ahora, cuéntame, ¿qué dice Janet Simms?

—No ha mencionado qué clase de accidente sufrió y no me he atrevido a insistir sobre el tema. Tal vez, si un día consigo ganarme su confianza... Pero eso no sucederá mañana, precisamente.

—Tómatelo con interés —bromeó ella—. Eres muy atractivo y, a poco que te lo propongas, Janet acabará por hablar.

—Me disgustaría tener que recurrir a ciertos métodos, aparte de que ello no garantizaría un resultado satisfactorio. Por ahora, lo mejor será esperar.

—Muy bien. ¿Qué más?

—He tomado fotografías tuyas. Mañana las llevaré a cierta persona que conoció a Evelyn Herlihy y que puede decirme si Janet es o no la mujer a la que cortaron la mano por venganza.

Long tomó unas cucharadas de sopa y añadió:

—Le mencioné el piano, pero me dio una respuesta poco clarificadora. Lo hice, porque esta vez vi la mano ortopédica, que es, en apariencia, idéntica a la otra. Cuando le pregunté quién le pintaba las uñas, Janet me hizo una demostración asombrosa. Las articulaciones son rígidas y flexibles a la vez y puede sostener objetos de poco peso: el pincel de pintarse las uñas, una copa, una taza de café... Pero ello le obliga a llevar siempre vestidos de manga larga.

—¿Por qué? —se extrañó Jessie.

—Mujer, esa mano debe de tener una prótesis que la sujeta el muñón.

—Oh, perdona... Sí, se comprende que use vestidos con manga larga. Pobre mujer... Tanto si es ella nuestra sospechosa como si no lo es, no deja de apenarme su desgracia.

—Cierto, pero, recuerda, ha cometido ya dos crímenes. Nadie se puede tomar la justicia por su mano, Jessie —arguyó Long gravemente.

—Estoy de acuerdo contigo. Perdona, Bubb...

—Vamos, no te preocupes y concéntrate en saborear esta sopa de pescado. ¡Sabe a gloria!

* * *

Long detuvo el coche delante de la casa de aspecto poco agradable, en la que todavía se conservaban las escaleras exteriores para caso de incendio. Jessie señaló una de las ventanas del tercer piso.

—Ahí vive nuestro hombre —indicó—. Se llama Cal Trutter.

—Muy bien. ¿Te atreves a ir por la puerta de entrada?

—¿Qué vas a hacer tú? —se extrañó Jessie.

—En cuanto te anuncies como policía, es muy posible que el tipo quiera largarse por la escalera de incendios. Yo estaré aguardándole ahí, ¿comprendes?

—Conforme, Bubb.

Long se apeó del coche y los dos se separaron, para subir al tercer piso cada uno por un camino distinto. El joven llegó antes y se apostó junto a la ventana, abierta a causa del calor.

Trutter estaba sentado ante un televisor encendido, con el brazo izquierdo en cabestrillo, apoyado en el brazo del sillón y una lata de cerveza en la mano derecha. De repente, se enderezó y Long supuso que había oído la llamada a la puerta, sonido que a él no le había llegado a causa del excesivo volumen del televisor.

Tampoco pudo escuchar la interjección de disgusto que soltó el hombre, aunque sí apreció que la llamada no le agradaba en absoluto. Sin embargo, Trutter acabó por ponerse en pie y cruzó la estancia con paso más bien tardo.

Al fin, abrió. Plantada firmemente ante el umbral, Jessie enseñó su placa.

—Policía —declaró—. Quiero hablar con usted, Trutter.

La reacción del sujeto fue instantánea. Antes de que Jessie hubiera terminado de hablar, giró sobre sus talones y se encaminó a toda velocidad hacia la ventana. Sonriendo, Long le dejó llegar e incluso sacar una pierna y parte del lado izquierdo del cuerpo. Entonces, le dio un golpe con el canto de la mano en el brazo izquierdo.

Trutter lanzó un aullido. Long le propinó un empujón que le hizo rodar por el suelo. Luego entró, bajó la ventana y contempló al individuo que hacía esfuerzos por ponerse en pie.

—Ya puedes cerrar, Jessie —indicó el investigador.

Inclinándose, ayudó a levantarse a Trutter. Luego le arrojó contra el sillón.

—Míranos bien —dijo—. ¿No nos recuerdas?

Los ojos de Trutter escudraron con aprensión los rostros de la pareja que tenía frente a sí.

—No les he visto en mi vida —aseguró—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Hace algunas noches, la señorita y yo fuimos secuestrados y conducidos, con el coche metido en un camión de carga, a un cobertizo de la Interseas Truck —enumeró Long—. Pudimos escaparnos y organizamos un jaleo de todos los demonios, incluido el tiro que te alcanzó en el brazo. Lo recuerdas ahora, ¿verdad?

Trutter se lamió los labios.

—De modo que eran ustedes... —resumió.

—Exacto, nosotros —confirmó Jessie. Enseñó el revólver—. De aquí salió la bala que te averió el remo izquierdo.

—Es usted una chica con redaños —elogió el hampón—. Pero voy a decirles algo interesante: fue una equivocación.

—¿Cómo? —Respingó Long.

—Sí, una equivocación. Mash Grinn, que fue el hombre que les amenazó con su pistola, se confundió de objetivo, eso es todo. Yo estaba en el almacén, por supuesto, pero no hice nada... más que poner el brazo para parar la bala de la chica.

—¡Una equivocación! —resopló Jessie—. ¿Tú lo crees, Bubb?

—Sí, ¿por qué no? —respondió el joven.

—A mí me extraña mucho... Aunque podríamos preguntárselo a Otis Salton, ¿no es así? —sugirió Jessie, con la vista fija en el sujeto.

Trutter se removió inquieto en su asiento.

—Yo no sé nada —contestó—. Si quieren algo de mí, llévenme a jefatura, pero desde allí llamaré inmediatamente a un abogado.

Long hizo un gesto con la mano.

—Ya ha dicho suficiente. Vámonos, Jessie.

—Seguro que tiene una pistola —apuntó la muchacha—. Podríamos llevarlo arrestado por tenencia ilegal de armas, Bubb.

—Sería perder el tiempo. Antes de la noche, ya lo habrían echado a la calle con una fianza. Pero, de todas formas, si tiene una pistola, me la llevaré, para evitarle caer en malas tentaciones.

Trutter tenía el arma bajo el mullido del sillón que ocupaba y maldijo mil veces a los policías entrometidos que le dejaban sin protección personal. Long se llevó la pistola sin hacer caso de los improprios que le dirigía el hampón y luego, con Jessie del brazo, se encaminó hacia la puerta.

—De modo que una equivocación, ¿eh? —murmuró, cuando ya subían al coche—. ¿A qué pareja y por qué motivos quería secuestrar Salton?

—No tengo la menor idea, Bubb.

—Vuelve a visitarle e insiste sobre el tema. Yo hablaré mañana con la señora Payle, para enterarme de sus relaciones con Salton.

—Muy bien, como digas. ¿Tienes libre el próximo domingo?

—Sí, pero ¿a qué viene...?

—¿Aceptas mi invitación para comer?

Long vaciló. Jessie emitió un hondo suspiro.

—Ya veo que no te agrada...

—Oh, no, me encanta, Jessie. Pero... bueno, no sé qué decir...

—¿Te asusta mi posición social?

Long guardó silencio.

—Hablaemos de esto en mejor ocasión —dijo, después de un buen rato de silencio. Y Jessie no quiso insistir en la invitación, porque no le gustaba ser indiscreta, y prefería que las cosas se desarrollasen por sí mismas.

* * *

El hombre salió del coche en el *parking* subterráneo y se encaminó con paso firme hacia el ascensor situado al fondo. Burton McKinlay se sentía fatigado después de una dura jornada de trabajo, y sólo ansiaba llegar a casa para descansar.

Sin embargo, se sentía preocupado. Dos hombres habían muerto de una forma particularmente horrible. Sabía perfectamente cuál era la causa de ambas muertes y, aunque en tiempos pasados estuvo por completo de acuerdo con ellos y con sus acciones, ahora, en ocasiones, no dejaba de pensar si no se habrían excedido en la venganza.

A él no le sucedería nada semejante, desde luego. Pendiente de la mano izquierda llevaba el portafolios con sus documentos de negocios. La mano derecha estaba metida en el bolsillo de la chaqueta, empuñando con mano firme un pequeño revólver, con el que se defendía a sangre y fuego si era preciso.

No, no se dejaría cazar como un vulgar conejo, pensó, mientras dejaba el portafolios en el suelo para pulsar el timbre de llamada del ascensor.

En el mismo instante, sintió un espantoso dolor en la mano derecha. El instinto le hizo soltar el arma y sacarla del bolsillo, para sacudirla en un gesto maquinal de aliviar el dolor. Al mismo tiempo, oyó tras él una voz de tonos bajos, siniestros:

—¡Vuélvete!

Tambaleándose, McKinlay hizo lo que le decían. Tenía los dedos entumecidos y se dio cuenta de que ya no le quedaban fuerzas para empuñar el revólver.

—Soy yo —dijo la mujer vestida de rojo—. ¿No me recuerdas, Burton McKinlay?

Algo brillaba en contraste con el rojo fuego de la indumentaria femenina. Despedía chispazos plateados y McKinlay, atónito, apreció que se trataba de una mano de plata.

Desesperado, McKinlay se dio cuenta de que sus precauciones habían resultado inútiles. La mano derecha pendía inerte a lo largo del costado. Con gestos frenéticos, intentó llevar la izquierda al bolsillo donde tenía el revólver, pero, en aquel momento, la mano de metal plateado se alzó y descargó el primer golpe.

McKinlay sintió un horripilante dolor en todo el lado derecho de su cara. El impacto le hizo inclinarse hacia el lado opuesto, pero, apenas había iniciado el gesto, aquella mano que parecía de hierro le golpeó en el pómulo izquierdo.

Mientras se tambaleaba como un beodo, percibió en el interior de su cráneo el horripilante sonido de sus propios huesos fracturados por aquellos espantosos golpes. Ahora ya no veía ni casi oía; sólo notaba un dolor infinito que le envolvía de pies a cabeza y le privaba de todo raciocinio.

Ella le hizo girar sin dificultad alguna, justo en el instante en que se abría la puerta del ascensor. Un segundo después, descargó el último y definitivo golpe con aquella pesada mano, hundiendo la bóveda craneal, que crujió horrorosamente.

McKinlay cayó hacia delante, aunque los pies quedaron fuera de la plataforma del ascensor. Ella se inclinó, dobló las piernas y luego pulsó el botón de cierre del ascensor.

Nadie se había percatado de lo sucedido. La mujer llevaba un bolso pendiente del hombro izquierdo, al que fue a parar la mano asesina. Sin hacer el menor ruido, a pesar de los altos tacones de sus zapatos, salió del subterráneo y se perdió en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO VIII

Bubb terminaba de afeitarse, cuando oyó el timbre del teléfono. Secándose apresuradamente, corrió a atender la llamada, que se antojó harto temprana.

Era el capitán Markhant y no parecía de muy buen humor.

—¡Long! ¿Qué demonios están haciendo ustedes?

—Pues yo... afeitándome, señor —contestó el joven, desconcertado—. La asistenta está haciendo la limpieza...

—¡No me refería a su criada, sino a la sargento Hillbrown!

—Ella no vive aquí, señor...

—¡Ya lo sé! —bramó Markhant—. ¿Es que aún no conoce la noticia? Mano de Plata ha causado ya la tercera víctima.

Long silbó tenuemente.

—Lo siento, señor; acabo de levantarme y no suelo conectar la radio para escuchar noticias. ¿A qué hora fue eso?

—Cerca de las nueve de la noche. El muerto se llama Burton McKinlay y fue encontrado en el ascensor del *parking* subterráneo del edificio en donde vivía. Las heridas eran prácticamente idénticas a las sufridas por las otras dos víctimas. Pero con un detalle adicional.

—¿Sí?

—McKinlay llevaba un arma para defenderse. La asesina le golpeó primero en la mano derecha, con lo que se la inutilizó. La autopsia ha demostrado fractura de dos dedos, de modo que le privó así de toda posibilidad de defensa. Luego, usó su maldita mano de plata...

—Capitán —dijo el joven.

—¿Long?

—¿Estamos seguros de que se trata de una mujer? No dudo de

que existan mujeres con fuerza física muy superior a la de un hombre, pero, por los informes que yo tengo, la sospechosa era una joven más bien corriente; esto, a mi juicio, excluye semejante potencia en los golpes que descarga sobre sus víctimas.

—Fue ella, no cabe duda, y yo diría que hasta se ha entrenado para la venganza, a fin de conseguir una mayor musculatura en el brazo izquierdo.

—El brazo izquierdo —repitió Long pensativamente.

—Sí —confirmó Markhant—. Las huellas muestran de manera inconfundible que se trata de la mano izquierda. Le cortaron la que le dio la naturaleza y ella la ha sustituido por una prótesis de acero, bañada, no sé por qué diabólico capricho, en una capa de plata.

—Será supersticiosa —apuntó Long.

—Será... ¡un cuerno! —bramó Markhant—. Vamos, sargento, muévase; encuentre a la asesina o usted y yo ya podemos ir pensando en buscar otro trabajo... de barrenderos, por ejemplo.

—O de poceros, que tampoco tiene nada de agradable —contestó el joven con cáustico humor.

Apenas había colgado el aparato volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Jessie.

—¿Te has enterado, Bubb?

—Markhant acaba de decírmelo. Jessie, ¿tendrá tu padre un empleo en su negocio, aunque sea de simple portero?

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella sorprendida.

—El capitán nos pide resultados. Dice que si no conseguimos pronto algo interesante, nos despedirán a todos...

—¡Tonto! —exclamó Jessie—. Creí que pensabas dimitir.

—A este paso, si no encontramos pronto a Mano de Plata, será la única salida que nos quede —dijo él lúgubrementemente—. Bueno, ese asesino ha causado ya la tercera víctima. De todos modos, por ahora, es poco lo que podemos hacer... —Y tras una pausa, concluyó—: Quedamos en que volverías a presionar a Salton.

—Sí, Bubb.

—Bien, después de que hayas hablado con él, recorre todos los hospitales y busca en los archivos de traumatología. Una amputación de mano izquierda practicada a una mujer joven, llamada Evelyn Herlihy. Tienes que dar con el cirujano que realizó la operación, ¿entendido?

—Desde luego. ¿Qué harás tú? —inquirió la sargento.

—Lo que dije ayer: hablar con la señora Payle, aunque antes iré a visitar a una persona que puede identificar a Evelyn Herlihy. Si no hay inconveniente, nos reuniremos a la hora del almuerzo en el lugar de costumbre.

—Conforme. Suerte, Bubb.

—Lo mismo te deseo, belleza.

Long fue a terminar su aseo, a fin de salir inmediatamente de casa, para realizar las acciones anunciadas. Lo primero que debía hacer, se dijo, era hablar con quién podía identificar a la asesina. Pero ¿era Janet Simms? ¿O acaso se trataba de un asesino...?

* * *

Penny Cayton le miró con un solo ojo. El otro estaba cerrado a causa del sueño.

—Eres tú —murmuró con voz pastosa—. ¿Por qué diablos me sacas de la cama a estas horas?

—Ya son las nueve y media...

—Mi hora normal de levantarme son las dos de la tarde. Tengo un déficit de cuatro horas y media y voy a recuperarlo ahora mismo.

Penny bostezó aparatosamente, dio media vuelta y, tambaleándose, se encaminó hacia el dormitorio. Sonriendo, Long fue tras ella y le quitó el salto de cama. Luego, asiéndola suavemente por los hombros, la hizo girar un poco hacia la izquierda, de modo que penetrase en el cuarto de baño.

Ella apenas se daba cuenta de lo que hacía. Long pensó que habría tomado alguna copa de más la víspera, y que aún se hallaba bajo los efectos de la resaca. Penny vestía un camisón corto y se lo quitó sin objeciones.

Luego la hizo entrar y sentarse en la bañera. Ella se recostó y cerró los ojos. Long abrió los dos grifos, de agua fría y caliente al mismo tiempo, comprobó la temperatura del agua y esperó unos minutos.

Penny había vuelto a dormirse, cuando, de repente, se encontró con el agua hasta la cintura.

—¡Eh! ¿Quién está mojando mi cama? —gritó.

Sentado en un taburete, frente a ella, Long sonrió, a la vez que salpicaba su rostro con algunas gotas de agua.

—Despierta, muñeca. Estás en la bañera y no en la cama.

Penny se sobresaltó.

—Maldito bastardo... ¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Quieres ahogarme?

—Si quisiera ahogarte, no podrías hablar ya —contestó él, impasible—. Penny, anoche la pillaste buena, ¿eh?

La mujer ahogó un bostezo.

—A veces lo hago —masculló.

—¿De veras?

—Para olvidar —contestó ella, entre bostezo y bostezo.

—¿Olvidar... qué, Penny? —preguntó él, asombrado.

—Este cochino oficio... las marranadas que tengo que hacer en el escenario...

—Eso da dinero, preciosa.

—Sí, pero ¿a costa de qué autohumillaciones? Debo degradarme, para que unos sádicos mentales vean cosas que no se atreverían a hacer en casa con sus mujeres... —Eso da dinero, Penny— repitió él. —Y, según dijo en cierta ocasión un emperador romano, a quien le reprochaban cobrase un impuesto sobre limpieza de las cloacas, el dinero no tiene olor.

Penny suspiró.

—Quizá tengas razón. Bueno, tú no has venido aquí para compadecerme ni para hablar de impuestos romanos. ¿Qué tripa se te ha roto?

Long sacó un sobre del que extrajo sucesivamente varias fotografías. Habían sido ampliadas, de modo que se viera apenas un poco más que el rostro.

—¿Quién es esa preciosidad? —preguntó Penny—. Me gustaría contratarla para mi espectáculo...

—Temo que no te serviría —dijo él—. Le falta la mano izquierda.

Los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente.

—¡Ella no es Evelyn Herlihy!

—¿Seguro, Penny?

—Lo juro, Bubb. Yo la conocía muy bien. Te dije que era agradable, pero no una belleza.

Ésta parece *Miss América*.

—Pues le falta la mano izquierda; yo lo he comprobado —afirmó Long.

—Será una casualidad, pero esta chica se parece a Evelyn tanto como un conejo a una cucaracha.

—¿Tanta era la diferencia?

—Hombre, no... Yo me refiero solamente a la cara... Evelyn tenía cierto atractivo... dulzura de expresión; sonreía y parecía otra... pero, repito, no se puede comparar con ésta.

Long guardó nuevamente las fotografías.

—Bien, como tú dices, puede que se trate de una casualidad, aunque muy extraña. En diez años, sin embargo, no ha podido cambiar tanto de cara...

—Eso sucedió hace sólo cuatro años, aproximadamente —rectificó Penny.

—¿Sabes dónde le cortaron la mano? Si fue una operación quirúrgica, tuvo que ser en un hospital, imagino.

—Lo siento, no sé nada.

El investigador entornó los ojos.

—Me gustaría conocer la respuesta a dos preguntas —murmuró.

—¿Cuál es la primera, Bubb?

—¿Por qué se mezcló Evelyn con unos, supongo, maleantes?

—No tengo la menor idea. Eso es algo que nunca he podido saber —declaró Penny—. ¿Cuál es la otra pregunta?

—¿Por qué la mano izquierda, precisamente, y no la derecha?

—¡Hombre, eso se cae por su propio peso!

—¿Cómo?

—Era zurda. Claro que tocaba el piano con las dos manos, pero escribía con la mano izquierda.

Long hizo un gesto aprobatorio.

—Por tanto, se hizo la denuncia por escrito, utilizó la mano izquierda...

—Y esos canallas se la cortaron, como escarmiento.

—Pero ¿no temían que luego les denunciase?

—Ellos habían salido ya del apuro, gracias a tres cosas: dinero, influencias y buenos abogados. Y Evelyn, ¿cómo podía probar que la amputación no se debía a un accidente?

Long se incorporó, inclinándose a continuación para besar

castamente la frente de la mujer.

—No te duermas en la bañera —se despidió.

* * *

La señora Payle, cuyo nombre era Angie, tenía una figurita delicada y una expresión de tristeza en un rostro que había sido muy hermoso años atrás y que a Long le hizo pensar era algo consustancial en ella. «Triste desde su nacimiento», se dijo, mientras estrechaba la mano que le tendía blandamente la viuda de Payle.

—Usted dirá, señor Long —murmuró Angie, sentada en una silla en el saloncito de su casa, y con las manos en el regazo.

—Señora, quiero que sepa, en primer lugar, que comparto su justo dolor por la muerte de su esposo.

—Muchas gracias —contestó ella con apenas un hilo de voz—. Me sorprendió tan horriblemente... Clem estaba en lo mejor de la vida, rebosante de salud...

Sacó un pañolito y se enjugó una lágrima.

—Dispense, señor Long —añadió—. ¿En qué puedo serle útil?

—Debo decirle, antes de empezar, que represento a cierta compañía de seguros con la que su difunto esposo tuvo tratos —mintió el joven, a fin de no declarar su condición de policía—. No será, por tanto, una conversación oficial ni tomaré notas escritas ni tampoco llevo una grabadora oculta. Todo lo que me diga será considerado como estrictamente confidencial y ni siquiera mis jefes tendrán conocimiento de lo que usted pueda decirme.

—Si no lo va a decir, ¿por qué quiere interrogarme? —preguntó Angie con no poca lógica.

—Bueno, así me formo una opinión y puedo luego emitir un informe completo, sin mencionarla a usted, por supuesto.

—Ah, entiendo —repuso ella, pero con cara de todo lo contrario—. Siga, siga, por favor.

—¿Puede decirme a qué clase de negocios se dedicaba su marido?

—No lo sé.

Long estuvo a punto de saltar de su asiento.

—¿Cómo?

—Verá... —murmuró Angie, sonriendo tristemente—, yo me

casé con él, muy enamorada... Confiaba en Clem ciegamente y sabía que nunca haría nada malo... Era amable, gentil, cariñoso... Nunca me faltó de nada... Tampoco andaba tras otras mujeres...

«Vamos, lo que se dice un cúmulo de perfecciones», pensó Long.

—Hay maridos, en efecto, que no dicen a su esposa en qué trabajan —comentó con una sonrisa de circunstancias.

—Clem era siempre muy puntual y todos los fines de semana nos íbamos fuera, a una cabaña que tenemos en la Sierra, Jamás me fue infiel...

—Perdone, señora —cortó Long—. ¿Cuánto tiempo llevaban ustedes de casados?

—Tres años. Yo ya no soy una jovencita y había estado casada antes, pero me divorcié... «Tres años —repitió Long mentalmente—. Se comprende que no sepa lo que él pudo hacer un año antes».

—¿Sabe si su esposo tenía relación de negocios con un tal Otis Salton? —preguntó. Por primera vez en todo el tiempo, Angie pareció salir de aquella especie de torpor que le era habitual.

—¿Salton? —repitió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Necesito la respuesta para mi informe, señora.

—Bien, oí mencionar su nombre en un par de ocasiones... A mi esposo, naturalmente, al hablar por teléfono con ese individuo... Hace pocos días me llamó Salton. Dijo que tenía que hablarme acerca de un tal doctor Penobsce, a quien, seguramente, habría mencionado mi marido. Yo le dije que no conocía a ese médico y él pareció enfurecerse muchísimo. Insistió, le pedí que me dejara en paz y eso es todo. Señor Long, ¿acaso sabe usted algo del doctor Penobsce?

Long pensó rápidamente. Era preciso encontrar una respuesta que resultase satisfactoria para la señora Payle.

—Se trata de un médico de la compañía de seguros, del que sospechamos ha actuado de forma... irregular, por calificarlo de alguna manera —manifestó con cierta presteza—. ¿Cree que ese doctor pudo estar relacionado con mi marido? —preguntó Angie ansiosamente.

Long contempló durante unos instantes a su interlocutora. Treinta y cinco, cuarenta años tal vez, calculó; una mujercita tímida, apocada, necesitada constantemente del apoyo y el consuelo de un fuerte brazo masculino... Acaso había sido bella unos años

antes; pero también era de la clase de mujeres, se dijo, que una vez casadas olvidan o, por lo menos, descuidan en gran parte, el cuidado personal.

Andaría casi todo el día con rulos a la cabeza, bata y zapatillas, quitando el polvo aquí y allá, procurando que la casa estuviese impoluta en todo momento y cocinando excelentes platos para el esposo amado. Pero poca cosa más, dedujo finalmente.

—No —respondió al cabo, a fin de tranquilizar a la viuda afligida—. Su esposo no tuvo nada que ver con la posible conducta inapropiada del doctor Penobscue.

Por primera vez en todo el tiempo, Angie esbozó una sonrisa en la que no se apreciaba pesadumbre.

—Perdone, pero no le he ofrecido nada, señor Long. ¿Le apetecería tomar una copita de vino de bayas de saúco, que elaboro yo misma?

De no haber estado acostumbrado a oír toda suerte de cosas raras, Long habría soltado una estruendosa carcajada. El ofrecimiento de Angie venía a corroborar la impresión que se había formado de ella.

—Aceptaré encantado esa copa, señora —contestó gravemente.

CAPÍTULO IX

Jessie aguardaba en pie, en la acera, frente a la puerta del restaurante en el que habían acordado reunirse. Long la vio desde lejos, pero tuvo que llevar el coche a casi cien metros más adelante antes de encontrar un hueco apropiado para dejarlo.

Al apearse, vio que Jessie corría hacia él.

—¡No te bajes! —indicó la muchacha—. Salton está a punto de salir de su oficina y quiero seguirle.

—Lamento haberte hecho andar tanto —se disculpó él—. Cuando termine este caso me meteré a artista de cine, para hacer filmes en televisión. —¿Por qué?— se sorprendió ella. —¿Te han hecho alguna oferta?

—No, pero siempre encuentran un hueco para dejar el coche. ¿Cómo consiguen realizar ese milagro?

Jessie se echó a reír.

—Me gusta tu sentido del humor, Bubb —manifestó—. Bien, tengo noticias interesantes.

—Yo también. Primero, Janet Simms, no es Evelyn Herlihy.

—¿Seguro?

—La ha identificado quien la conocía bien. Trabajó en su local como pianista hace años, ¿comprendes?

—Bueno, una pista que se evapora —suspiró la chica—. ¿Qué más?

—Conozco el nombre del médico que, probablemente, amputó la mano de Evelyn.

Jessie silbó.

—Eso es interesante. En cambio, yo no he encontrado el menor rastro de esa operación en ninguno de los archivos de los hospitales de la ciudad.

—¿Cómo lo has averiguado tan pronto? —se extrañó él.

—Hombre, tienen ordenadores que te dan respuesta en cuestión de segundos. Y con todos los detalles, si lo necesitas.

—Comprendo. ¿Puedes decirme, ahora, por qué vamos a seguir a Salton?

Ella señaló un alto edificio de oficinas situado al otro lado de la calle.

—He hablado con su secretaria. Me ha dicho que Salton se ha hecho traer el almuerzo a su despacho, porque tiene que salir para una entrevista de negocios muy urgente. Es todo cuanto puedo decirte, Bubb.

—Muy bien, le seguiremos a ver adónde va.

Salton conducía delante de ellos con toda normalidad. Al cabo de unos minutos, Long vio que enfilaba una de las autopistas de salida de la ciudad.

—Jessie, voy a pasarle, a fin de que no se dé cuenta de que le seguimos. Agáchate todo lo que puedas para que no te vea —indicó él.

La muchacha obedeció. Long rebasó al otro coche con toda naturalidad y se situó a unos cincuenta metros por delante.

—Ahora incorpórate, pero no del todo. Mira justo por encima del asiento, para ver qué hace.

Jessie se volvió y estudió durante unos momentos la marcha del otro vehículo. De repente, vio que un enorme camión de carga adelantaba al coche en que viajaba Salton.

—Cuidado, Bubb —avisó.

Long miró a través del retrovisor. Era evidente que el conductor del camión maniobraba para situarse entre los dos coches. Inmediatamente, tocó el freno y el espacio se redujo, lo que obligó al camionero a pasarle también, cosa que no hizo sin enviarle un furioso sirenazo con el que pretendía expresar su disgusto por lo que estimaba una maniobra incorrecta.

—La tuya —dijo entre dientes, al ver que el conductor blandía su puño amenazadoramente.

—¡Bubb, mira! —exclamó Jessie de repente—. ¡Es un camión de la Interseas Truck!

El rótulo, en efecto, se podía leer sin dificultad gracias a las gigantescas letras que ocupaban todo el espacio de la caja de carga.

El camionero, de repente, tomó una salida y Long, sin pensárselo dos veces, le siguió puntualmente.

El coche de Salton abandonó también la autopista. Los tres vehículos penetraron en una carretera secundaria, de poco tránsito en aquellos momentos. Long tomó entonces una arriesgada decisión.

—Voy a adelantarle —anunció—. Vuelve a esconderte.

Jessie se agachó por segunda vez. Long aguardó la ocasión propicia y, de súbito, pisó el acelerador a fondo.

El coche era corriente, en apariencia, pero tenía el motor trucado y pareció salir disparado por un cañón. El conductor del camión se quedó boquiabierto al ver que un coche de aspecto inofensivo se comportaba como si fuese un bólido de Fórmula 1.

Dos kilómetros más adelante, la carretera iniciaba una amplia curva a cuyo final había un camino secundario, de tierra, que terminaba en un enorme edificio situado a doscientos metros escasos. Long vio por segunda vez en poco tiempo el mismo rótulo de la Interseas Truck.

Siguió rodando, aunque no dejó de ver que tanto el camión como el coche de Salton tomaban la desviación, para dirigirse al edificio. Divisó a poco una explanada hermosa y, con las debidas precauciones, metió el coche allí y saltó al suelo. —Vamos, Jessie; ya sé adónde ha ido— exclamó.

* * *

Procurando no hacer ruido y amparándose en la abundante vegetación del lugar, alcanzaron la parte posterior del edificio evidentemente un almacén de distribución de mercancías. Había una puertecita posterior, de hierro, pero estaba cerrada con llave por dentro y era imposible abrirla sin emplear la violencia.

Long alzó la cabeza. A la altura del primer piso se extendió un voladizo con barandilla al cual asomaban numerosas ventanas encristaladas. La altura de aquel corredor saliente era de unos cuatro metros.

Había una escalera, seguramente para casos de incendios, pero estaba plegada. Long torció el gesto.

—Si pudiera alcanzarla...

—Mides metro ochenta aproximadamente. Añade cincuenta o sesenta centímetros más de los brazos estirados. ¿No te sientes capaz de saltar el metro y medio de diferencia? —sugirió la chica.

—Lo intentaré —sonrió Long.

Retrocedió unos pasos, tomó carrera paralelamente al muro y, tras el impulso apropiado, saltó hacia arriba, consiguiendo agarrarse a uno de los primeros peldaños de la escalera. Ésta giró hacia abajo, no sin algunos chirridos que les parecieron estruendosos en el relativo silencio del lugar.

Momentos después, estaban en el voladizo. Long se acercó a una de las ventanas y, aunque había en los cristales una gran cantidad de polvo, pudo ver por completo el interior del almacén.

El camión había sido colocado con la popa hacia el gran portón de acceso. Varios individuos, con la ayuda de carretillas mecánicas, estaban cargando unos cajones con la inscripción de «Maquinaria agrícola».

Salton estaba allí, dirigiendo las operaciones. De repente, Long sintió que Jessie le tocaba en un brazo.

—Mira aquí abajo, mucho más cerca —susurró la muchacha.

Casi a los pies de la ventana, se divisaba a un individuo, atada a una silla y con la boca cubierta por una tira de cinta adhesiva. Otro, armado con una pistola, se hallaba a su lado, vigilándole atentamente. Ambos quedaban ocultos a la vista de los demás por una gran pila de cajones de madera, que tenían las mismas inscripciones que los demás.

En aquel momento, Jessie se corrió a un lado. Long volvió la cabeza y se dio cuenta de que ella había encontrado un hueco en los vidrios de la ventana. La parte inferior de la misma se hallaba lo suficientemente baja para que pudieran observar arrodillados en la plataforma del voladizo.

La carga del camión terminó a los pocos minutos. El vehículo pesado arrancó y todos los operarios, salvo uno, que se quedó con Salton, se marcharon en una furgoneta estacionada en el interior del almacén. Luego, Salton caminó hacia el extremo del edificio, mientras el otro sujeto se dedicaba a una labor que, por el momento, resultó incomprensible para los dos observadores.

—Bien, Mace —dijo Salton—, tú y Tasco os encargaréis de este charlatán. Ya sabéis lo que debéis hacer con él en cuanto llegue la

noche.

—Descuide, jefe —contestó el vigilante.

Salton consultó su reloj de pulsera.

—Yo tengo que hablar con Hutt. No sé si habrá llegado todavía a su casa, pero, de cualquier manera, lo aguardaré allí. No os descuidéis, Mace.

—Váyase tranquilo. No habrá problemas.

Salton se marchó. Long se dijo que debían seguirle, pero, en aquel momento vio que el sujeto llamado Tasco llegaba con una carretilla mecánica, en la que había un enorme barreño mediado de agua y dos sacos de cemento.

Los pelos se le pusieron de punta al comprender la suerte que aguardaba al prisionero.

Jessie lo adivinó también, y sintió un terrible escalofrío.

—Bubb... —musitó apretando el brazo masculino con dedos crispados.

El sargento tomó una decisión en el acto.

—Voy a ir por delante y procuraré sorprenderles. Tú, si ves las cosas difíciles, disparas un par de tiros para amedrentarles. ¿Entendido?

—Sí... pero, Bubb, ¿por qué quieren matar a Trutter?

—Es una organización que no permite fallos y Trutter estuvo hablando con nosotros —explicó Long.

Para no perder tiempo, usó la misma escalera de servicios. Luego corrió pegado a la pared, hasta la entrada del almacén, que no había sido cerrada por completo.

La misma pila de cajones le ocultó a la vista de los hampones, hasta que llegó a sus proximidades. Se preguntó si estarían vacíos, pero sólo había un modo de averiguarlo.

Empujó con fuerza. Los cajones no contenían ninguna carga, y se derrumbaron con tremendo estrépito sobre el trío. Trutter aulló de dolor al sentir un golpe en el brazo herido, pero sólo emitió una especie de mugido al tener la boca tapada.

Uno de los hampones quedó inconsciente. El otro sólo recibió un golpe de refilón y, aunque aturdido, reaccionó lo suficiente para sacar la pistola.

En el mismo instante, una bala se clavó en el suelo a sus pies.

—¡Tire la artillería! —gritó Jessie—. No pestañee una sola vez;

el próximo disparo le sesará los vuelos.

Long ocultó una sonrisa. A Jessie, en la excitación del momento, se le habían trabucado las palabras. El pistolero, aturdido, obedeció inmediatamente y levantó las manos.

El sargento se apoderó del arma.

—¡Jessie, ya puedes bajar! —llamó.

La muchacha llegó a los pocos instantes. Long se metió la pistola en la pretina del pantalón y luego, inclinándose, sacó a Trutter de debajo de la caja vacía y lo dejó de nuevo en su posición normal. Le quitó el esparadrapo de la boca y sonrió.

—Bien, Cal, parece que hemos llegado a tiempo, ¿eh?

Trutter aspiró el aire con grandes bocanadas.

—Estos hijos de perra iban a ponerme unos zapatos de cemento... —rugió—. Suélteme y déme una pistola; voy a...

—Cal, hijito, tú no harás otra cosa que lo que yo te diga. Pero aguarda un momento.

Jessie, continúa vigilando a estos dos gánzanos.

—Descuida, Bubba —contestó la muchacha.

Long no tardó en encontrar cuerdas, con las que ató convenientemente a los dos hampones. Podía haber pedido las esposas a Jessie, pero no quería delatar su condición de policía. Aunque Trutter lo sabía, aún no había mencionado el hecho.

Cuando las ligaduras de los pistoleros quedaron aseguradas, Long regresó junto a Trutter y se acuclilló frente a él.

—Te hemos sacado de un buen apuro —dijo—. ¿No te sientes agradecido, Cal?

Trutter se humedeció los labios.

—¿Qué me darán a cambio? —preguntó.

—Te soltaremos y podrás alzar el vuelo adonde más te convenga... es decir, muy lejos de la ciudad, por lo menos, durante una buena temporada, hasta que se enfríen las cosas.

¿De acuerdo?

—Vale —aceptó el sujeto.

—Cal, ¿qué contienen esos cajones que han cargado en el camión?

—¡Hombre de Dios! ¿Es usted tonto? ¿Todavía cree que contienen maquinaria y herramientas agrícolas?

Long parpadeó, intrigado.

—No acabo de entender, lo confieso francamente —respondió.

—Son herramientas... para matar. Máquinas... máquinas ametralladoras.

—¡Armas! —exclamó Jessie, a la vez que se ponía una mano en la boca.

—Exactamente. Ahora las llevan al almacén que ustedes derrumbaron el otro día. Al parecer temían se las encontrasen aquí y en aquel local, que ya está medio reconstruido, podrán disimularlas, explicó Trutter.

—Una idea magnífica. ¿Cuándo se las llevarán fuera del país?

Trutter se encogió de hombros.

—Posiblemente hay dificultades en el cobro de la suma acordada. Salton no las quiere entregar si antes no ve el dinero. El posible que tarden todavía unos cuantos días.

—Muy bien, alguien se encargará de ese asunto —decidió Long—. Cal, una última pregunta: ¿Quién es ese Hutt al que Salton iba a ver ahora?

—Sólo sé el nombre, porque se lo ha oído a él en alguna ocasión. Pero creo que vive en la Décima, número dos mil ochocientos siete.

Jessie hizo un gesto de desagrado.

—No es un barrio muy recomendable —calificó—. Oh, Bubb, no me mires así; lo decía por Salton, quien no me parece persona apropiada para tener amigos por aquellos parajes.

—Por lo que hemos podido saber, Salton debe de tener amigos en todas partes. Menos en el cielo, claro —contestó Long cáusticamente.

CAPÍTULO X

—Ya no me cabe duda alguna: Salton tuvo algo que ver con el caso de Evelyn Herlihy —dijo Long, mientras regresaban a la ciudad.

—¿Tú crees? —dudó Jessie.

—Estoy seguro —respondió él—. Mira, a nosotros nos secuestraron por error, ya no hay duda sobre el particular. El hecho de que Salton, entre otras cosas, se dedique al contrabando de armas, no significa nada de particular; es un tipo incapaz de realizar negocios honestos o, por lo menos, del volumen suficiente para costear la vida de lujo que lleva. Ahora bien, ¿por qué tenía que decirle la señora Payle algo sobre el doctor Penobscue?

—El médico de quien sospechamos fue el autor de la amputación de la mano de Evelyn —resumió Jessie.

—Exacto. Han muerto ya tres hombres, a consecuencia de golpes propinados con una mano de metal. Los tres, indudablemente, tuvieron alguna relación con el caso. Salton también y, pese a que no haga ostentación de ello, teme por su vida. Y yo diría que tampoco la de Penobscue está muy segura.

Jessie se reclinó en su asiento con actitud pensativa.

—A Evelyn no le cortaron la mano en ninguno de los hospitales de la ciudad —murmuró—. ¿Dónde lo hicieron?

Long se encogió de hombros.

—Hay miles de hospitales en el país. Sencillamente, no podemos ir preguntando uno por uno. Pero quizá haya otro medio de conseguir más datos.

—¿Cuál es ese medio, Bubb?

—Hablar de nuevo con mi informadora.

—¿Penny Cayton?

—Sí.

—No he estado nunca en un local de esa clase —sonrió Jessie.

—Me parece que no te gustaría ver lo que pasa en el escenario.

—Soy policía —declaró ella orgullosamente—. Debo acostumbrarme a lo peor.

—Está bien. Iremos después de haber hablado con ese tal Hutt, amigo de Salton.

—¿Qué piensas preguntarle, Bubb?

—No lo sé. Ya saldrá algo cuando lo tengamos cara a cara. El aspecto personal también es importante; con un poco de psicología, se puede saber por dónde dirigir los tiros desde el primer momento.

—Eso está bien pensado —convino Jessie—. Lo tendré en cuenta para mis próximos interrogatorios. Me falta experiencia, debo admitirlo.

—Pero te ascendieron muy pronto...

—La suerte intervino algo, aparte de que, al menos en teoría, soy un eficiente policía.

Mas, repito, me falta la práctica.

—Eso se cura con los años —rió él.

—Sí, no sé quién dijo que la juventud es la enfermedad que precede a la vejez —respondió ella, filosóficamente.

—A ti, esa enfermedad te durará muchísimos años —vaticinó Long—. Dime, Jessie, ¿no has tenido nunca pretendientes?

—¿Y tú, Bubb?

—¡Jessie, por Dios, yo soy un hombre!

—Me refería a pretendientes femeninos, tonto.

—Ah, eso es otra cosa... Bueno, a veces me dejo querer... Pero siempre aplico una regla que te aconsejo pongas en práctica cuando tengas necesidad de ello.

—¿Cuál es esa regla, Bubb?

—Ponte delante de las mujeres, si quieres que te sigan. En tu caso, delante de los hombres.

—No está mal. Lo tendré en cuenta. Pero ahora, me parece, tenemos algo más importante que pensar en quiénes nos siguen, ¿no te parece?

—Sí, más importante —concordó Long, repentinamente muy serio, porque estaban empeñados en una dura tarea y no tenía la menor idea de cómo ni cuándo podrían darla por concluida.

Al cabo de un buen rato, llegaron a la calle Décima. Long,

refunfuñando, tuvo que dejar el coche casi a dos manzanas del lugar donde vivía el hombre al que iba a visitar Salton.

—Lo dicho: voy a meterme a actor de cine, para encontrar siempre sitio para el coche frente a la casa a la que quiero ir —refunfuñó.

Agarró resuelto el brazo de la chica y caminaron con paso vivo. De repente, cuando se hallaba escasamente a treinta metros de su destino, oyeron un agudo grito.

Una mujer miraba hacia arriba y el horror se reflejaba en su rostro. Tenía la boca abierta y emitía un chillido prolongado, de una sola nota, que parecía producido por una sirena extraña y no por una garganta humana.

Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de saber qué era lo que causaba el terror en la mujer, una masa oscura bajó a toda velocidad desde las alturas y se estrelló contra el suelo, con un espeluznante sonido de carnes machacadas y huesos rotos. La sangre brotó en chorros que alcanzaron a algunos metros de distancia, manchando por numerosos sitios el vestido de la mujer que chillaba. Pero ésta ya se había desmayado, al no poder resistir el horrible espectáculo de un hombre aplastado contra la acera.

* * *

—Era el doctor Penobscue. Se llamaba Hutt —dijo Long algo más tarde, sentado frente a Jessie, en un café cercano al lugar del suceso.

La muchacha asintió. Todavía estaba muy pálida y era evidente que no se había recuperado del susto recibido al ver morir a un hombre a pocos pasos de distancia.

—¿Suicidio? —apuntó.

—Asesinato, pero no podemos probarlo.

—¿Has visto a Salton?

—No. Debió de escapar, aprovechando la confusión reinante. Ciertamente, nosotros no esperábamos una cosa semejante y eso nos desconcertó, debemos admitirlo.

Además, ¿cómo podíamos suponer en aquel momento que se trataba de Penobscue?

—Yo lo presentí —murmuró ella tristemente—. Pero me sentía

demasiado afectada... Lo siento, Bubb.

—No te preocupes. También yo debí imaginarme algo parecido. Pero ya comprendes mi situación; no debo darme a conocer, mientras me sea posible. Tuve que esperar a que un vecino lo reconociese. No podía preguntarles a los policías quién era el muerto; me habrían hecho preguntas que no podía contestar en esos momentos, y preferí pasar por un curioso más de los que rodeaban el cadáver.

Jessie asintió.

—En cambio, yo... Me trajiste aquí para que me repusiera... Veo que no te soy de mucha ayuda, Bubb...

—Vamos, no digas tonterías —replicó él con cierta aspereza—. Eres el mejor ayudante que he tenido nunca. Y no lo digo por galantería precisamente, ¿comprendes?

La mano de Jessie se posó sobre la de su interlocutor.

—Eres muy bueno, un chico estupendo; de veras te lo digo, Bubb. Y me siento encantada de haberte conocido. Trabajar a tu lado, será la mejor experiencia profesional que un policía podría tener.

—Gracias por el elogio —sonrió él—. ¿Más café con coñac? —sugirió.

—No, ya tengo bastante. ¿Crees que debiéramos ir a ver a Salton?

—¿Cómo probaríamos que tiene algo que ver con el asunto? Nadie le ha visto entrar ni salir de la casa... Es un barrio muy concurrido y la gente se mueve constantemente. En cierto modo, Salton tiene un aspecto vulgar y no destaca en absoluto de la masa que le rodea. Cuando Penobscue se estrelló contra la acera, salieron de la casa en tropel al menos veinte o treinta personas. Prefiero tener más detalles sobre el caso de Evelyn Herlihy, y entonces sí podríamos ir a su casa, para apretarle las clavijas. Bien, ¿te sientes con fuerzas para asistir luego al espectáculo del Sex Stars?

Jessie hizo un gesto afirmativo.

—Es mi obligación —contestó.

* * *

A Jessie le ardían todavía las orejas a consecuencia de las cosas

que había visto en el escenario, apreció Long, hacía heroicos esfuerzos para dominarse. Penny Cayton estaba terminando su número y él decidió aguardarla en su propio camerino.

Penny llegó minutos más tarde, envuelta en una llamativa bata, y se sorprendió al encontrarse con dos visitantes inesperados.

—¿Qué te pasa, Bubb? ¿Me traes una chica nueva para mi espectáculo? Jessie se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—Señora...

Long cortó en seco la protesta apenas iniciada.

—Jessie, enséñale tu insignia —indicó—. Penny, te presento a la sargento Hillbrown, del departamento de Policía. Jessie, ella es Penny Cayton.

Las dos mujeres se saludaron con glacial cortesía. Jessie mostró su placa y la otra hizo un gesto claramente despectivo.

—Una mujer policía... Estas cosas son las que estropean el mundo —refunfuñó—. La mujer tiene cosas mejores que hacer que andar por ahí, persiguiendo asesinos...

—Por ejemplo, simulando hacer lo que no siente —criticó Jessie, impávida.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres, muñeca?

Long presintió que la discusión podría agriarse, y se decidió a intervenir antes de que las cosas llegaran a mayores.

—Jessie, es su profesión —dijo—. Y tú, Penny, no te muestres ofensiva. A ti te gusta hacer lo que haces y a ella le gusta ser policía; eso es todo.

—A mi no me gusta en absoluto lo que hago, pero gano dinero —respondió Penny desabridamente—. Bueno, ¿por qué no lo sueltas de una vez?

—El doctor Penobscue ha muerto. Sospechamos que se trata de un asesinato, pero no se puede probar. Oficialmente, supongo, la cosa quedará en suicidio.

—¿Quién era ese matasanos, Bubb?

—Sospechamos que es el cirujano que cortó la mano a Evelyn.

—Y se lo han «cargado» para que no hable, ¿eh? —dijo Penny con los ojos entornados. Fue al otro lado del biombo y empezó a desvestirse—. ¿Quién lo ha hecho?

—Sospechamos de cierta persona, pero eso ahora no nos interesa demasiado.

Queremos preguntarte otras cosas, Penny. ¿Jessie?

—Señora Cayton... —empezó a decir la muchacha.

—Eh, muñeca, llámame Penny, como todo el mundo —la interrumpió la artista—. Aquí sobran los tratamientos, ¿me oyes, bonita?

—Prefiero seguir llamándola señora Cayton. O señorita, como guste —advirtió Jessie muy rígida.

Penny miró al joven burlonamente, por encima del biombo.

—Es una chica fina, con clase, ¿eh, Bubb?

—Vamos, Penny, déjate de tonterías —rezongó Long—. Y tú, Jessie, empieza de una maldita vez o tendré que arrepentirme de haberte traído aquí.

—Lo siento —se disculpó la muchacha—. Señorita Cayton, usted conoció a Evelyn Herlihy.

—Bastante —contestó la aludida irónicamente—. Era una buena atracción para mi negocio, aunque ella jamás tomó parte en ciertos números. Tocaba el piano como los ángeles y cantaba con una voz maravillosa. Era el contrapunto perfecto del espectáculo.

—Sí, un regalo para la vista y el oído —comentó Jessie con sorna—. Pero no hemos podido dar con el hospital en que le cortaron la mano. ¿No puede decirnos nada al respecto?

—¡Pero si eso no sucedió aquí! —exclamó Penny casi a gritos.

Long dio un respiro.

—Maldita sea, ¿por qué no lo dijiste antes? —Gruñó, irritado.

—Tú no me lo preguntaste nunca y yo di por sentado que lo sabías... Hace cuatro años, yo tenía mi negocio en Shakery Flat, a sólo treinta millas de la ciudad. Es una población pequeña, aunque muy activa y con mucho porvenir. Pero hubo elecciones y los nuevos gobernantes traían ciertas ideas acerca de la moral, por lo que me pareció más prudente emigrar aquí, eso es todo.

—En Shakery Flat, supongo, habría un hospital —expuso Jessie.

—Claro. Y ahora que lo recuerdo, un tal Penobsque trabajaba allí... También tenía un consultorio privado, en el que hacía determinada clase de operaciones a algunas mujeres que no querían incrementar la población mundial. Las autoridades municipales empezaron a presionarle y Penobsque juzgó más conveniente alzar el vuelo, porque iban a prohibirle ejercer allí, en Shakery Flat.

—Las cosas que tienen que oírse en esta profesión —suspiró

Long—. ¿Algo más, Penny?

—No sé... —dudó la artista—. Yo siempre creí que se había tratado de un accidente, aunque ya sabía que Evelyn andaba en malos pasos por culpa de su representante artístico, del que estaba ciegamente enamorada.

—¿Qué malos pasos? —quiso saber Jessie.

—Algo sobre contrabando, aunque, según he podido deducir después, ella era inocente. Y entonces, cuando se enteró de la verdad, fue cuando hizo la denuncia a la Policía. Ellos se enteraron y tramaron la venganza que pusieron en práctica, indudablemente con la colaboración de Penobscue. Pero también tuvieron que emigrar. Habían hecho demasiadas cosas sucias en Shakery y las nuevas autoridades empezaron a limpiar la población. Ciertamente, no se fueron de rositas; hubo un proceso, aunque no llegaron a entrar en la cárcel, pero su negocio se fue al diablo y ello les costó, además, enormes sumas de dinero.

—Menos mal que hizo la denuncia por escrito. Si llega a hablar, le cortan la lengua —comentó Long con macabro sarcasmo.

—No hables así —le reprochó Jessie—. Señorita Cayton, ¿tiene algo más que decirnos?

—¿Por qué no hablan con el representante de Evelyn? No sé ahora dónde vive, pero sé su nombre: Cliff Maddock. El sí podría contarles muchas cosas sobre el asunto; detalles que ignora la mayoría de la gente y... Bien, estaba locamente enamorado de Evelyn, aunque a veces pienso que fue él quien le metió en aquellos malos pasos. Pero eso es algo que sólo puedo comentar; no afirmar de manera rotunda —concluyó Penny.

—Muchas gracias, señorita Cayton; buscaremos a ese Maddock —dijo Jessie con firme acento.

CAPÍTULO XI

Tendido sobre una toalla de vivos colores en el césped que rodeaba la piscina, Long pereceaba al día siguiente, después del almuerzo en casa de Jessie. Tenía los ojos cerrados y parecía profundamente dormido, aunque, en realidad, su cerebro no descansaba un solo instante.

Jessie estaba tendida a poca distancia, vestida con un bañador de una sola pieza, de color azul fuerte, que hacía resaltar las líneas perfectas de una silueta netamente femenina. La señora Hillbrown había ido a reunirse con su esposo, accidentalmente en viaje de negocios en la costa Este.

Ella leía un libro, cómodamente recostada en una tumbona. De pronto, Long abrió un ojo.

—¿Qué lees, Jessie?

—Una novela policíaca. Extraño, ¿verdad?

—¿Por qué? Siempre se aprende algo en esa clase de libros. Los médicos leen también libros de medicina en sus ratos de ocio. Los ingenieros leen libros sobre construcciones y matemáticas...

—No sigas, ya tengo bastante —rió ella—. Bubb, creí que estabas dormido.

—La comida incitaba a una buena siesta, en efecto, y hasta he dado una ligera cabezada, pero mi mente sigue funcionando como una caldera a toda presión.

—El caso Mano de Plata, ¿verdad?

—Sí. —Long se incorporó sobre un codo, para volverse en parte hacia la muchacha—. Mañana, lunes, tendrás que empezar a buscar a Maddock, el representante de Evelyn —indicó.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya a Shakery Flat? Tal vez allí encuentre alguna pista, aunque en cuatro años, a saber dónde habrá

ido ese individuo...

Long frunció el ceño.

—Y a mí que me parece un nombre conocido —murmuró.

—¿Te suena de algo, Bubb?

El joven volvió a tenderse de espaldas y puso las manos bajo la cabeza.

—Sí, me suena de algo, aunque no logro recordar dónde lo he oído antes de ahora —contestó.

De nuevo volvió el silencio. Jessie se enfrascó en su lectura, mientras Long se sentía invadido por una dulce languidez, que le hizo pensar con delicia anticipada en una magnífica siesta en aquel mismo lugar.

Repentinamente, algo estalló en su cerebro, como un relámpago en una noche oscura. Sin poder contenerse, se sentó en el suelo, a la vez que lanzaba una aguda exclamación:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo sé!

Jessie se asustó.

—Bubb, ¿qué te sucede? —preguntó, alarmada.

—Y sé quién es el representante de Evelyn... Y, además, lo he visto y me lo han presentado... pero ahora se hace llamar Clint Maddox, nombre, como puedes apreciar, muy parecido al de Cliff Maddock.

—¿De veras? ¿Dónde lo viste, Bubb?

—En casa de Janet Simms, la supuesta Evelyn. Maddox fue a visitarla y a mí me dio la impresión de que hacía años que no se veían... ¿Puedo hacer una llamada telefónica?

—Sí, claro. Pediré a Barston que traiga aquí el teléfono...

—Deja, no lo molestes. Iré yo al interior. Vuelvo en seguida, preciosa.

Long se puso una bata de baño y corrió hacia la casa. Minutos después, regresó junto a la muchacha.

Jessie le miró inquisitiva.

—¿Algún nuevo detalle? —preguntó.

—Sí —respondió él—. Penny Cayton me ha dicho algo que olvidó anoche. Puede ser un detalle revelador, Jessie.

—Bueno, no me tengas sobre ascuas. Cuéntamelo de una vez, por favor —pidió ella, impaciente.

Long se lo dijo y ella se quedó muy pensativa durante unos

momentos. Al cabo de un rato, levantó la mirada.

—Pero Janet Simms no se parece en nada a Evelyn —objetó.

—Bueno, su aspecto ha podido cambiar en estos años... Sin embargo, presiento que es ella, aunque en este momento, me interesaría mucho más encontrar a Maddox.

—Bubb, a Maddox no lo encontrarás si antes no hablas con Janet —advirtió la muchacha sensatamente.

—Sí, desde luego —convino él—. Pero ¿dónde se encuentra ese tipo en estos momentos?

* * *

Otis Salton había disfrutado de un reconfortante baño en la playa y ahora estaba en su retiro, lejos de la ciudad, entregado a ciertos pensamientos que no tenían nada de agradables. Las cosas empezaban a torcerse y dudaba si continuar allí o alejarse una temporada, hasta que el panorama hubiese perdido los actuales tintes sombríos que tanto le preocupaban.

Trutter había desaparecido y sus dos secuaces habían sido encontrados veinticuatro horas más tarde, atados y amordazados y en un estado lamentable. Salton sabía quién lo había hecho, pero no encontraba el medio de deshacerse de aquella pareja de entrometidos que tanto daño podían causarle, si no cortaba muy pronto sus actividades.

De Penobscue casi ni se acordaba. El médico ya no era un estorbo. Había amenazado con delatarle, si no le entregaba cierta suma de dinero, y Salton no podía complacerle en aquellos momentos; además era fácil adivinar que Penobscue volvería a pedir más cuando hubiera gastado el que le entregase. La mejor solución, ciertamente, había sido el «suicidio» por defenestración.

Nadie le había visto, nadie le relacionaba con la muerte de Penobscue, pero... aquellos dos entrometidos...

De repente, llamaron a la puerta.

Salton estaba preparándose unos huevos con tocino y volvió la cabeza de inmediato.

La llamada se repitió. Salton abandonó la sartén y buscó una pistola que siempre tenía prevenida. Luego abrió.

Una mujer, de buena estatura, vestida discretamente, con los

ojos cubiertos por unas grandes gafas de color, apareció en el umbral. Pendiente del hombro izquierdo, llevaba un gran bolso de cuero.

—No me reconoces, ¿verdad? —saludó ella.

—Señora, yo...

La visitante levantó su mano izquierda.

—¿Te recuerda algo mi mano?

Estaba cubierta por un guante negro, pero Salton no pudo contener un escalofrío.

—¿Qué... qué quieres ahora? —preguntó.

—¿No te lo imaginas? —contestó ella.

Salton enseñó la pistola.

—Si intentas algo, te mataré —amenazó.

Ella sonrió.

—Cuando estabas bañándote, entré en la casa y le quité las balas —advirtió.

—No puede ser...

Alarmado, Salton empezó a manipular en el arma. Ella aprovechó para arrebatársela de un manotazo.

La pistola fue a parar a un rincón. Salton lanzó un aullido y se arrojó sobre el arma, pero la mujer le pateó en un costado, haciéndole rodar por tierra.

Luego se inclinó, riendo, y se apoderó de la pistola.

—Estúpido Solo quería distraerte un poco... —Quitó el seguro y apuntó a la cabeza de Salton—. Firma un cheque, con fecha de mañana, por cien mil dólares o te mataré en el acto —amenazó.

Salton había perdido la moral. Tambaleándose, se levantó, mientras pensaba que sería fácil, a la mañana siguiente, anular el cheque.

—Si es dinero lo que quieres, de acuerdo —murmuró algo más serenado—. Pero tienes que saber que lamento lo que pasó hace cuatro años...

—Ahora no me interesan tus excusas; sólo quiero tu dinero.

—Está bien, está bien, firmaré el cheque ahora mismo.

Ella siguió apuntándole con la pistola para prevenir un posible engaño por parte de Salton, quien, pocos momentos después, entregaba el cheque a la visitante.

—Ahí tienes. Y ahora, lárgate...

—Otis, si ahora te dejase aquí, lindamente, tú correrías a la ciudad para anular el cheque mañana, justo cuando se abra el banco. Comprenderás que no voy a dejar que me hagas una jugarreta semejante.

Salton empezó a sentir pánico.

—Te he dado el dinero... ¿Qué más quieres?

La pistola fue de nuevo a un rincón. Ella abrió el bolso y extrajo un objeto que hizo abrir los ojos desmesuradamente al hombre.

Ella sonreía con siniestra expresión, como gozándose en la agonía del sujeto. Salton retrocedió, hasta que su espalda chocó contra la pared.

Entonces, la mano de plata golpeó de nuevo.

Un horrible alarido brotó de la garganta de Salton al sentir el impacto del primer golpe. El grito llegó muy lejos. Pero fue el último que emitió en su vida.

Instantes después, la mujer limpió la mano, poniéndola bajo el grifo, hasta que no quedó el menor rastro de sangre. Luego la secó con un paño de cocina y volvió a guardarla en el bolso, hecho lo cual abandonó la casa con toda tranquilidad.

Media hora más tarde, unos vecinos de Salton, que tenían una casa a unos mil metros de distancia, se encontraron de repente con un pequeño problema.

—Me he quedado sin azúcar, Johnny —dijo la señora Barker—. Iré a pedirle una taza a nuestro vecino, el señor Salton.

Johnny Barker estaba en una hamaca, leyendo tranquilamente el periódico.

—Me ha parecido ver una mujer que venía a visitarle —manifestó—. No seas indiscreta y despacha pronto, Susan. —Sólo estaré allí lo justo, descuida.

La señora Barker subió a su coche, pero volvió antes de cinco minutos, lanzando terribles alaridos de espanto. Cuando su marido se enteró de lo sucedido, corrió inmediatamente a avisar a la Policía.

Long y Jessie se enteraron al anoecer, gracias a un noticiario de la televisión. El joven se sintió abrumado al conocer la noticia.

—Apostaría algo bueno a que Evelyn ha completado su venganza —dijo—. Excepto Penobscue, ha matado a todos los culpables de la pérdida de su mano.

—¿Cómo puedes asegurar que haya sido ella? Si Evelyn es Janet, no tiene fuerza suficiente para causar destrozos tan horribles, aunque utilice una mano de hierro, más o menos bañada en plata.

—¿Tú la crees inocente, Jessie?

Ella cerró los ojos.

—Lo presiento, Bubb —respondió.

—Entonces, ¿a quién culparías de esas muertes?

—A Maddox, naturalmente.

—Pero ¿por qué?

—Bubb, es un axioma que no hay crimen sin motivo. Averiguar esos motivos es cosa nuestra, ¿no te parece?

—Sí, ciertamente, aunque no acabo de comprender por qué tuvo que ser Maddox —arguyó él, no demasiado convencido de los escasos argumentos de la muchacha—. Si estamos aquí, mano sobre mano, no lo averiguaremos jamás —contestó ella resueltamente.

—Entonces, ¿qué sugieres, sargento Hillbrown?

—Ir inmediatamente a hablar con Janet Simms, sargento Long.

CAPÍTULO XII

Antes de llegar a la casa de Janet, Long tuvo una repentina inspiración y encaminó su coche en dirección al Sex Stars. Penny no quería acceder, pero él la amenazó con enviar a algunos colegas de la Brigada del Vicio.

—Aquí todo se hace en regla —protestó Penny.

—Siempre se encuentra algún defectillo —sonrió él—. Además, ¿no te gustaría ser espectadora del acto final de la representación?

Penny dudó todavía unos momentos, pero acabó por acceder.

—Espero que sepas protegerme, si las cosas se ponen feas —dijo.

—Puedes estar segura de que no te sucederá nada —afirmó Long rotundamente.

Minutos después partían los tres en el coche. Con gran sorpresa por su parte, encontraron que Janet se hallaba ausente de su apartamento.

—Habrá salido, pero volverá —opinó Long, mientras manipulaba en la cerradura—. Entretanto, la esperaremos y... Jessie —añadió, una vez abierta la puerta—, vamos a ver qué encontramos en la casa.

—Está bien, Bubb.

—¿Es que la consideran culpable de esas muertes? —se extrañó Penny.

—Aún no podemos asegurar nada —contestó Long evasivamente.

Transcurrió casi un cuarto de hora. De pronto, Jessie lanzó un fuerte grito:

—¡Bubb, mira!

Long y Penny corrieron hacia el dormitorio. En el armario ropero había algo que llenó de estupefacción a la artista.

—¡La mano de plata! —exclamó.

Long se acercó y cogió el mortífero instrumento, una perfecta reproducción de una mano humana, femenina, con una ancha manopla para sujetarla al muñón causado por la amputación. Pero, al mismo tiempo, observó algo que le hizo concebir ciertas ideas sobre el arma que había servido para cortar el hilo de la vida de cuatro hombres.

La parte de la manopla, aun siendo muy sólida, resultaba relativamente ligera, no así la mano, a partir de la muñeca, que era maciza, muy pesada. El baño de plata había sido dado, estimó, por procedimientos rudimentarios.

—Y esto ha matado a cuatro tipos —comentó Penny, asombrada.

Long sujetó la mano artificial y ejecutó con ella algunos movimientos.

—Mirad, chicas —dijo—. Se usa con la mano derecha y el primer golpe, indefectiblemente recibido por la víctima en el lado derecho de la cara, es asestado de revés. Pero como se trata de una mano izquierda, parece que haya sido dado por una persona zurda. En cambio, el segundo golpe, que parece de revés, lo es de forma lógica, como cuando una persona golpea con su mano derecha la mejilla izquierda de su adversario, para darle una bofetada, lo que, con la mano artificial, parece también asestado de revés. El tercer golpe, finalmente, es dado con los nudillos, lo que, invariablemente, causaba el hundimiento de la bóveda craneal.

—Y todo eso, ¿para qué? —quiso saber la artista, terriblemente intrigada.

Long miró disimuladamente hacia la puerta.

—Quizá el señor Maddox, Clint (alias Cliff Maddock), pueda explicarnos con toda claridad por qué lo hacía. ¿No es cierto, señor Maddox?

Jessie y Penny se volvieron al mismo tiempo. La muchacha metió la mano en el bolso, pero Maddox, que había aparecido inesperadamente en el apartamento, ya tenía una pistola en la mano.

—No toque el arma que guarda en el bolso, señorita —convino—. No me obligue a disparar, porque lo haría sin el menor remordimiento.

—Como lo hizo con cinco víctimas, ¿verdad? —exclamó Long

sin inmutarse.

—¡Cinco víctimas! —se escandalizó Penny—. Yo creí que eran cuatro...

—Cinco —insistió el investigador—. ¿Me equivoco, Maddock? ¿O prefiere que le llame Maddock, que es el nombre que usaba hace cuatro años en Shakery Flat?

* * *

Sobrevino un momento de silencio. Los ojos de Maddock estaban fijos en la mano metálica que el joven sostenía todavía.

—Sí, cinco muertes —confirmó Long acusadoramente al cabo de unos segundos—. Hooken, Payle, McKinlay, Salton y un vulgar ratero que, me parece, no tenía que ver nada con este asunto. Fue usted quien disparó contra el sujeto que atacó a Janet Simms, ¿verdad?

Los ojos de Maddock se oscurecieron.

—Sólo quise que le diera un susto. Iba a intervenir yo, pero usted se me adelantó. Al tipo no le gustó que usted le golpease y pensé que lo olvidaría, pero, por lo visto, era rencoroso y fue a esperarle. Yo simplemente pretendía darle un poco de dinero para que se largase, pero cuando vi que se disponía a atacarle, me di cuenta de que acabaría siendo arrestado, por usted o por otros policías, y podría mencionar mi nombre. Por eso lo maté —respondió Maddock.

—Cliff —dijo Penny con aire pesaroso—, tú eras el representante de Evelyn, cuando actuaba en el local que yo tenía en Shakery Flat. Estabas locamente enamorado de ella. ¿Cómo has podido hacer todo esto, para que la acusen de esas muertes?

Maddock se enderezó.

—¿Es que no lo comprendes? A Evelyn le cortaron la mano izquierda, para vengar la denuncia que hizo a la Policía sobre el contrabando de armas y que les costó la ruina casi total. ¿Qué jurado habría dictado una condena excesiva contra una concertista de piano que había perdido la mano izquierda, a consecuencia de la venganza de unos desalmados?

—Muy bien ideado, pero también quiso usted sacar provecho de sus crímenes, ¿verdad? —acusó Long.

—¿Cómo? ¿Qué dice? Yo lo hice por vengar a la mujer de la cual estaba enamorado como un loco...

—Maddock, hoy mismo ha asesinado usted a Salton. No se le ha visto, pero sabemos que ha sido usted. Salton, con todos sus defectos, era un hombre muy metódico. En su talonario de cheques, está la matriz de uno que ha firmado por cien mil dólares... con fecha de mañana.

—¡Vaya con el enamorado desprendido! —Criticó Penny despectivamente—. ¿Eso es lo que ha hecho, Bubbb?

Long hizo un gesto de asentimiento.

—Encontraremos ese cheque en su billetera, cuando lo registremos —confirmó.

—Si lo permito —advirtió Maddock.

—Oh, sí lo permitirá. Será acusado oficialmente de asesinato y disponemos de pruebas suficientes para encerrarle de por vida.

—¡Pruebas! —exclamó el sujeto, desdeñoso—. ¿Qué pruebas, polizonte?

Sin inmutarse, Long alzó la mano de metal.

—Cometió un error al fabricarla. Esta mano no podría ajustarse jamás al muñón de Evelyn. La manopla es demasiado ancha y no tiene correas para sujetarla en el antebrazo. Además, en el interior, tiene unos huecos para afirmar los dedos, con objeto de asestar mejor los golpes mortíferos.

—Y más pruebas todavía, Cliff —exclamó Penny acusadoramente—. Por ejemplo, las ropas que vestías cuando te disfrazabas de Evelyn para cometer los asesinatos. En alguna de las prendas, se encontraban manchas de sangre y... Bueno, tú también tocas el piano y, en un par de ocasiones, dado que tenéis la misma estatura, te pusiste trajes de Evelyn para suplirla, ya que ella se encontraba algo indispuesta. No cantabas, decíamos que estaba afónica, pero la suplías maravillosamente, sobre todo, teniendo en cuenta que casi todo el tiempo estabas de espaldas al público. Cliff, dime una cosa: ¿estabas realmente enamorado de ella o lo fingías porque, realmente, eras un «travesti»?

El rostro de Maddock enrojeció violentamente.

—Penny, no dejaré que lo repitas a nadie —barbotó—. Ni a usted tampoco se lo permitiré...

De repente, sufrió un fuerte sobresalto.

—Eh, ¿dónde diablos se ha metido la otra chica? —gritó.

—Aquí, a sus espaldas —contestó Jessie, plantada firmemente, con el revólver sujeto por las dos manos—. ¡Tire la pistola, Maddock!

El asesino dudó un momento. Bajó la mano armada, pero, súbitamente, giró en redondo y volvió a levantar la pistola.

Maddock se sobresaltó. Jessie ya no estaba en el lugar en que había sonado la voz.

—¡Enseña la cara, zorra! —aulló.

En el mismo instante, Long alzó el pie derecho y golpeó con todas sus fuerzas los riñones del asesino. Maddock lanzó un chillido y cayó de bruces al suelo, justo en el instante en que Jessie, oculta tras el sillón, hacía fuego con su revólver.

Maddock se estrelló contra el pavimento. Se oyó una sorda detonación.

El cuerpo del sujeto sufrió una fortísimo convulsión. Volvió la cara unos instantes, con una horrible expresión y los ojos en blanco. Sus piernas se agitaron convulsivamente, pero se quedaron quietas casi en el acto. Todo su cuerpo se relajó lentamente, hasta inmovilizarse por completo.

Jessie se levantó, con la cara blanca como la nieve.

—Lo he matado yo... —musitó, con labios temblorosos.

—Dormirás tranquila por las noches, sin remordimientos —manifestó su camarada a la vez que se inclinaba hacia Maddock—. Hiciste fuego justo cuando caía hacia delante y la bala le pasó a medio palmo de la espalda, sin tocarle siquiera. ¡Mira!

La mano derecha de Maddock estaba todavía doblada bajo su cuerpo. Al caer, el arma se había vuelto contra su propio dueño.

—¡Cristo! —exclamó Penny, aterrada—. Nunca creí en la justicia divina, pero ahora...

—Jessie, cumple con tu obligación —recordó Long severamente—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, Bubb —contestó la chica, mientras se acercaba al teléfono.

* * *

Habían transcurrido ya tres horas. El cadáver de Maddock había sido retirado. Penny, sentada en una butaca, se mordía las uñas.

—Yo no me marchó de aquí, sin saber qué ha sido de Evelyn —decía una y otra vez.

—Volverá —aseguró Long—. Todas sus ropas están aquí, lo que significa que no se ha marchado de la ciudad.

En aquel momento, se oyó el ruido de la llave en la cerradura. Al abrirse la puerta, sonó una alegre carcajada.

—Pasa, Edgar; tomaremos una copa y...

La dueña del apartamento se interrumpió bruscamente al ver a tres personas a las que no esperaba. Detrás de ella, apareció un hombre de unos treinta y cinco años, algo, apuesto, elegantemente vestido, quien frunció el entrecejo con visible expresión de enojo.

—Janet, ¿quiénes son?

Penny se puso en pie.

—¿Eres Evelyn o Janet? —preguntó—. Contesta y sácanos de dudas de una vez.

—A partir de ahora, seré Janet Simms —contestó la muchacha—. ¿No me ves el rostro? Me lo cambió un hábil cirujano, aunque, con el tiempo, dejaré que el pelo vuelva a su color natural y deje de ser negro.

—Pero ¿por qué esos cambios? Ya conocemos tu tragedia...

Ella parecía sentirse muy feliz y agarró con la mano derecha el brazo de su acompañante.

—Penny, te presento a Edgar Gregson, mi profesor de canto, manager y muy pronto mi esposo. Edgar conoce también mi historia y está dispuesto a ayudarme con todas sus fuerzas. No puedo tocar el piano, pero mi voz, por fortuna, permanece intacta.

—Ésta sí que es una sorpresa —murmuró la artista.

Janet volvió los ojos hacia el investigador.

—Bubb, ¿quién es ella? —señaló a Jessie.

—La sargento Hillbrown —presentó Long—. Janet, tengo que darte una noticia: Maddock ha muerto. Era él quien cometía los asesinatos con la mano de plata, pero quería achacarte las culpas, cosa que hemos conseguido evitar.

Janet se estremeció.

—Nunca me quiso verdaderamente —contestó, cerrando los ojos unos instantes—. Era demasiado ambicioso, excesivamente absorbente... A veces creo que fue él quien me mezcló en aquel turbio asunto del contrabando de armas...

—No me extrañaría nada, pero, en fin, ha saldado sus cuentas —comentó Penny—. Bien aquí ya no tengo nada que hacer. Que seas feliz, Janet.

—Nosotros también nos marchamos —manifestó Long—. ¿Jessie?

—Te llevaremos a casa, Penny —dijo el joven, una vez en la calle.

Penny alzó la vista hacia el cielo y suspiró profundamente.

—Ya es tarde para volver al Sex Stars —respondió—. Iré andando hasta encontrar un taxi y... —Miró a Jessie maliciosamente y sonrió—. Cuídalo mucho, pequeña; difícilmente encontrarás un tipo como él.

La artista se alejó, taconeando con displicencia. Long y Jessie quedaron junto al coche.

—No hagas caso de lo que ha dicho —gruñó Long—. Son... figuraciones suyas.

Jessie le miró críticamente.

—Yo diría que sólo ha expresado la verdad —contestó—. Pero claro, tú eres demasiado orgulloso...

—Vamos, vamos, no digas tonterías. Entre tú y yo no puede haber...

—Entre tú y yo habrá lo que debe haber entre un hombre y una mujer que se quieren.

¿O me engaño, Bubb?

Long meneó la cabeza.

—¿Saldrá bien, Jessie?

—Con un poco de voluntad, perfectamente —aseguró ella.

Long abrió la portezuela del coche.

—La verdad es que estoy chiflado por ti y que no me importa en absoluto tu posición ni que seas policía. Todo eso es absolutamente secundario para mí, ¿comprendes?

Ella le agarró por los hombros y, tras un fuerte beso, le miró con ojos muy brillantes.

—Te quiero, Bubb. Y, además, me has curado de mis despistes —dijo.

—Pero una vez se te trabucaron las palabras...

—No ha sido así esta noche, cuando estaba amenazando a Maddock.

—Es verdad —reconoció él—. Por cierto, ¿cómo...?

—Estaba muy entretenido con vosotros dos y aproveché para deslizarme por la terraza, que tiene accesos al dormitorio y al salón —explicó Jessie.

—Eso no se podría calificar precisamente de despiste —sonrió Long—. Bien, ¿qué hacemos ahora, encanto?

Como Penny momentos antes, Jessie alzó la vista hacia las estrellas. Luego dijo:

—Hace una noche deliciosa. ¿Por qué no damos un paseo, Bubb? Long le ofreció el brazo galantemente.

—Se acepta la sugerencia —respondió.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.